
SAL
305
4.110

HERMENEGILDO

0

HERMENEGILDO.

Tragedia en tres actos.

POR

FRANCISCO JAVIER FRANCK.



PUERTO-PRINCIPE.—1850.

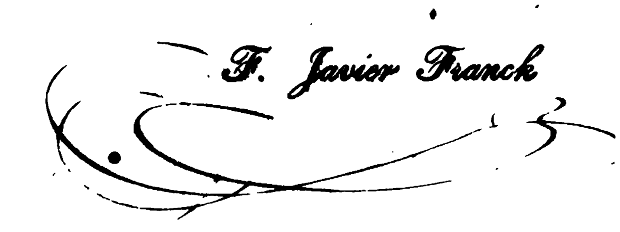
Imprenta del Fanal.

A LAS SECCIONES DE LITERATURA Y DECLAMACION DEL LICEO ARTISTICO Y LITERARIO DE LA HABANA.

Como una débil muestra del aprecio y veneracion que profeso á un Instituto que tantos adelantos literarios y artísticos está promoviendo en el pais, me atrevo á ofrecerle este imperfecto ensayo en un arte difícil, á la manera que un jóven y tímido escolar presenta á la correccion y censura del esperto profesor sus primeras elucubraciones, esperando que no será desechado bajo este concepto.

Puerto-Príncipe 1º *de Mayo de* 1850.

F. Javier Franck



PERSONAS.

LEOVIGILDO, rey de España.
HERMENEGILDO, su hijo, rey de Sevilla.
RECAREDO, su hermano.
GOSVINDA, 2.ª esposa de Leovigildo.
INGUNDA, esposa de Hermenegildo.
LEANDRO, arzobispo de Sevilla.
TULGA, gefe de la guardia de palacio.
AMALARICO, niño, hijo de Hermenegildo.
SISBERTO, (no habla)
GUARDIAS.

Sevilla.—Abril 13 *de* 586.

El teatro representa un magnífico salon de arquitectura romana con puertas y ventanas laterales y una puerta grande y cerrada en el fondo: a un lado el trono: adornos y panoplias de la época.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

RECAREDO, TULGA.

Tulga. Así, príncipe, fué: nada de asedio,
nada de sangre ni feroz matanza,
cual temblando augurábamos; y mientras
catapultas y arietes aprestaba
vuestro padre y mi rey, mientras sus tropas,
ostentando el laurel de cien batallas,
del Bétis presurosas á la orilla
en pos de nuevos triunfos se lanzaban,
vuestro hermano, señor, las puertas abre,
sus aguerridas huestes desparrama,
y pacífico amigo nos recibe.

Recar. ¡Y eso en Hermenegildo, Tulga, estrañas!
Católico,....es verdad, pero primero
príncipe y español, ama á su patria,
y quejas y recelos y ambiciones
sacrifica gustoso ante sus aras.
¿Pudiera, acaso, de civil discordia
mi hermano fomentar la fatal llama,

ó contra el corazon de Leovigildo
fiero asestar la parricida espada?
No! que conozco á Hermenegildo, y leo
los arcanos recónditos de su alma,
y sé que noble, generosa y grande
á rastrera pasion no se avasalla.

Tulga. Los bélicos aprestos, sin embargo
con que audaz á su padre desafiaba,
el recojer de los vencidos Suevos
los miserables restos, la alianza
con el Griego pactada, prueban....

Recar. Tulga!
Vencer el noble sabe en la batalla;
no en la tranquila paz con vil sospecha
las acciones manchar de los que mandan.
Hermenegildo es rey: mi propio padre
alzóle de la Bética monarca,
y al enlazar su mano á la de Ingunda,
ciñóle él mismo la diadema sacra.
Católico despues, por las razones
de Leandro, y de su esposa por las ansias
vencido, de igual fé fraternos lazos
buscó del Griego en la imperial alianza.
De los dispersos Suevos en su reino
los restos acogió....¿Y qué? ¿no manda
previsora política al vencido
á veces acoger, tenderle humana
y protectora diestra, de un contrario
un amigo formar? Así en España
creció nuestro poder, y de esta suerte
el conquistado imperio se afianza.
Tal pensó Hermenegildo.

Tulga. Vuestro padre
de ciego orgullo, de ambicion osada
en sus aprestos columbró la prueba,
y á confundir su desmedida audacia
voló.

Recar. ¡Mengua y baldon á los que viles
con pérfidos consejos la cruel saña
del padre contra el hijo concitaron!
En Mérida llegó la nueva infausta
á mis oidos, y volé al momento
dó cual hijo y hermano me llamaba

imperioso el deber.—¡Ah! tú no sabes
cuales del pecho mio eran las ansias,
cual la afliccion y angustia! Largos siglos
de irreparable pérdida juzgaba
cada hora, cada instante.... Por fin llego:
del pueblo admiro la tranquila calma,
del palacio el silèncio, y de tí escucho
cual de Híspalis las puertas franqueára
generoso mi hermano....¿Pero donde
Hermenegildo está? mora el alcázar?
es libre? ó entre bárbaras cadenas
só el peso gime de fatal desgracia?
Habla, Tulga.

TULGA. Está libre, y en su frente
aun brilla la corona de monarca:
y en este alcázar mismo, de Leandro
vive en la quieta y silenciosa estancia,
desde que pisó el rey estos salones.

RECAR. Vé, y á entrambos anuncia mi llegada,
mientras al padre mi cariño busca,
y al rey, súbdito leal, beso las plantas.

TULGA. A este lugar sus pasos endereza
Leovigildo, señor.

RECAR. Pronto: ¿qué aguardas?

ESCENA II.

LEOVIGILDO, RECAREDO.

RECAR. Padre!

LEOVIG. Hijo!

RECAR. *(doblando una rodilla.)*
Señor!

LEOVIG. ¿Por qué postrado,
Recaredo, á mis piés? ¡Ah! no: levanta

RECAR. Perdon! Si de mi rey sin la anuencia
osé venir....

LEOVIG. De un héroe siempre fausta
es al rey la presencia, si á par tuya
del gótico podér el linde ensancha:
Pero no hay aquí rey: depon el miedo:

tu padre Leovigildo es con quien hablas.
Tiemblen otros mas bien....

RECAR. ¿Qué triste arcano
encierran, padre mio, esas palabras?

LEOVIG. Tú lo sabrás: despedazado el pecho
de furor ciego, de implacable rabia,
de odio insaciable, de furioso enojo,
de intenso amor, de compasion, de cuantas
fieras pasiones el infierno aborta,
no hallo en quien reposar. Siempre el fantasma
del poder regio en mi semblante miran
cuantos su huella en el palacio estampan,
y me tiemblan ó adulan. Tú tan solo
de este pecho templar podrás las ansias:
tú que respetuoso al padre adoras,
y al rey sin miedo ni lisonja acatas.

RECAR. Decid, padre, decid: y si la sangre
de Recaredo á vuestra dicha basta,
Vuestra es, señor.

LEOVIG. Escucha: pero es fuerza
buscar del mal presente la honda causa
de Atanagildo en el funesto mando.
¡Maldita sed de imperio, á cuanto arrastras!
Para lograr de la diadema el brillo
al Romano voraz las fuertes plazas
entregó, y de ancha sima ya en el borde
el gótico poder vióse en España.
Temblando aun lo recuerdo ...Mas su muerte
la rüina atajó que amenazaba.
Al solio de Ataulfo subió Liuva,
y dó quier nuestra gloria quebrantada
empezó á renacer: un triunfo y otro,
tras una y otra funeral batalla,
al Romano arredraron, y en el pecho
del Godo revivió nueva esperanza.
Mas breve de mi hermano fué el reinado:
y la goda nobleza congregada
de dar próspero fin á la contienda
con la diadema impúsome la carga.
Y la llené: las imperiales huestes
al lampo recejaron de mi espada,
y goda fué Toledo, y de los Godos
al yugo se dobló la Carpetania.

El indomable Astur, el fuerte Cántabro,
de Augusto mal rendidos á las armas,
el ya disperso y derrotado Suevo,
en la lid muerto su postrer monarca,
á las edades clamarán futuras
cual recibí, cual dejáré la España.
¡De Alarico y Ataulfo ilustres sombras!
del sepulcro salvad la eterna valla,
y vuestro imperio ved, cual orgulloso
de mar á mar los límites ensancha!—
Esa fué mi ambicion: esta diadema
engrandecer, cual nadie, con hazañas
de lauro dignas de inmortal renombre.
Mas humo todo fué! sombra fué vana!....
Contigo, Recaredo, puedo solo
la pena desahogar que sufre el alma,
y á tu presencia sola débil puede
mostrarse del Imperio y la Cantabria
el fiero vencedor, á cuyo ceño
tiembla el Griego en Bizancio, y en el Africa
las vandálicas huestes mal seguras
la amistad buscan y la alianza aguardan.

Recar. Hablad, ¡oh padre! hablad.

Leovig. Eternamente
del pecho en lo profundo sepultadas
mis razones conserva; y nunca, nunca
de ser viviente á los oidos vayan.

Recar. Lo juro.

Leovig. ¿Al rey y al padre?

Recar. Al rey y al padre
lo juro por el cielo y por mi espada.

Leovig. Soy infeliz: jamás monarca alguno
cual yo el peso sufrió de sus hazañas:
nunca á conquistador su propia gloria
fué cual á mí fatal. ¿Por qué en estancia
humilde no nací? ¿Por qué los Godos
al solio me elevaron de esa España,
si un hijo,....el predilecto,..Hermenegildo...
Hermenegildo!

Recar. Padre! ¿por qué lanza
relámpago feroz vuestro semblante,
se contraen vuestros nervios, y crispadas
vuestras manos advierto al nombre solo

de mi hermano?

LEOVIG. De Dios la justa saña
de un hijo infiel castiga con la diestra
de mi oculta ambicion la loca audacia.
Escucha: cuando en medio de mis triunfos
la Iberia ante mis piés ví subyugada,
audaz deseo alimentó mi pecho
de vincular el cetro en mi prosapia.
A este objeto mi plan enderezando,
con Ingunda enlacé de regia casa
á Hermenegildo, le ceñí diadema,
y alcéle de la Bética monarca....
Mas ¿qué vale del hombre el necio orgullo,
cuando una antigua ley audaz contrasta?
Del sacrosanto cielo son hechura,
y su eterna justicia firme amaga
al mezquino mortal que altivo y ciego
se atreve neciamente á quebrantarlas.—
¡Ay! harto lo probé! Ví en contra mia
tornarse, Recaredo, aquellas armas
que empuñé en mi favor.—Consiguió Ingunda
de diestro amor con la mentida llama
sojuzgar á su esposo: sus halagos
de la creencia de Arrio le separan,
y olvidando la fé de sus mayores,
el católico culto ansioso abraza.
Par en el dogma al debelado Suevo
y al vencido imperial, estrecha alianza
pacta con ambos, y la gloria abate
con mi denuedo y triunfos levantada.
Aconséjole en vano....ya no escucha
ni del padre la voz, ni de la sabia
razon el fuerte grito....los consejos
con el fragor rechaza de las armas.
Sí, Recaredo, sí! De Hermenegildo
buscó en la lid la parricida lanza
del triste padre el lacerado pecho:
retarme osó con atrevida audacia....

RECAR. Horror!..horror!..Hermenegildo!..Acaso....

LEOVIG. Mas al fin recordé que era monarca,
y volé con mis huestes.—De mis triunfos
precedía al ejército la fama,
y á su rumor, cual tímidas palomas

las reünidas tropas aterradas,
dejando á Hermenegildo, huyen mi enojo,
volviendo presurosas las espaldas.

RECAR. De consejeros pérfidos juguete,
tal vez Hermenegildo agenas faltas
inocente á expiar va. Yo por la mia
sumisa de mi hermano juzgo el alma
á vuestra voluntad. Cuando sin sangre
Híspalis os entrega....

LEOVIG. Conservarla
contra mis fuertes huestes no podía.

RECAR. Pudo, empuñando la rebelde espada,
bajo el postrer escombro sepultarse,
si de filial respeto no le hablára
la voz al corazon.—Sed, ¡padre! justo:
la cuchilla tened que fiera amaga
de un hijo la cerviz, y en vuestra sangre
no castigueis de la ambicion estraña
el criminal intento.

LEOVIG. ¡Ay! harto ciertas
de sus pérfidos hechos, por desgracia,
las pruebas son: nada le absuelve....¿Acaso,
si de duda siquiera columbrára
el mas ligero indicio, no me fuera
gustoso el perdonar? ¿Crees que del alma
de un padre, sin dolores, para un hijo
el cariño y amor se desarraigan?
No, Recaredo, no.

RECAR. Señor, habladle:
de clemencia tal vez en sus palabras
un motivo hallareis.—Si á los que acusan
presta su oido el rígido monarca,
del hijo la defensa generoso
oiga el padre tambien.—Si en hora aciaga
olvidó su deber....él ofenderos!
no! no es posible!.... es inocente!

LEOVIG. Basta:
á tu voz, Recaredo, feliz duda
siento nacer que el ánimo me halaga,
y alumbra mi razon.—Desde que en Híspalis
entré, desde que puse en este alcázar
cual vencedor el pié, de Hermenegildo
evito la presencia. Me acobarda

no sé que indecision, y lucho en vano
conmigo mismo: incrépame ultrajada
ora mi dignidad, ora renace
vehemente, inestinguible acá en el alma
el paternal afecto.

RECAR. El padre triunfe!

LEOVIG. Congregados los nobles en la sala
del tribunal, á mi mandato, aguardo
su decision.—Vé, Recaredo, y habla
á tu hermano: quizas.... Y pues el cielo
te condujo á hora tal....

RECAR. De mi llegada
por Tulga le avisé, y aquí he de verle.

LEOVIG. Háblale, pues, sondéale, y....

RECAR. Halaga
mi corazon un soberano impulso,
que engendra en su favor dulce esperanza,
y no dudo....

LEOVIG. Despues.... quizás le vea,
y escuche su disculpa, ó su jactancia.....
Y entónces,.... no lo sé:.... tal vez del padre
ceda al amor el ceño del monarca.

ESCENA III.

RECAREDO.

Oportuno llegué.... Bendita sea
tu providencia ¡oh Dios! que de la saña
de un irritado padre el fiero amago
me concedes templar!—¡Oh! cuanto tarda
Hermenegildo! cuanto! Véale al punto,
y su vida y corona serán salvas.
Sí, sí, que el corazon con sus latidos
que es segura me anuncia mi esperanza,
y, el fraternal anhelo secundando,
fuerza les dará el cielo á mis palabras.

ESCENA IV.

RECAREDO, TULGA.

RECAR. Le hablaste, Tulga? dí.
TULGA. Vuestro mensaje
para anunciarle, penetré en su estancia,
cual la de un monge humilde y silenciosa,
no como de alto rey faustosa cámara.
Orando le encontré: ambas rodillas
sobre el desnudo mármol doblegadas,
inclinada la frente, sobre el pecho
puestas en cruz las manos, la sagrada
efigie de Jesus crucificado
ante los ojos.... Perturbar la calma
temí de su oracion, y reverente
en el umbral detúveme. Ocupada
en la meditacion su mente, acaso
largo intervalo en recordar tardára;
mas su oracion interrumpí, y gozoso,
“Recaredo, señor, en el alcázar
“está, digo, y anhela....”—“Recaredo!
“En Híspalis mi hermano! ledo esclama:
“corro á abrazarle.”—Al venerable Leandro,
de gozo y de placer con suaves lágrimas,
vuestro arribo le cuenta, y tras mi huella
las suyas enderezan á esta sala
los dos.
RECAR. Tulga.
TULGA. Señor....
RECAR. Ya llegan: nadie
á interrumpir se acerque nuestra plática.

ESCENA V.

RECAREDO, HERMENEGILDO, LEANDRO.

RECAR. Hermano!
HERMEN. Recaredo!

Recar. Entre mis brazos
estréchote por fin!
Hermen. Inmensas gracias
al sumo cielo reverente rindo
por dicha tan querida, y no esperada.
Recar. ¿No esperada? por qué?
Hermen. Cuando la copa
de acerba angustia, de afliccion amarga,
por causas que allá esconde en sus arcanos,
la Omnipotencia en el mortal derrama,
de ventura se eclipsa la alma lumbre,
y brilla solo de fatal desgracia
el funesto relámpago. A mis ojos
nublóse ya toda esperanza humana,
y anhelando tan solo la celeste,
la dicha de abrazarte no esperaba.
Contento moriré.
Recar. Te estrecha ardiendo
mi pecho de placer, y tus palabras
eco de muerte son!
Hermen. La Providencia
desiguales destinos nos prepara,
grandes ambos, hermano, heroicos ambos,
que nuestros nombres inmortales hagan:
una corona á tí sobre la tierra,
á mí un asiento en la celeste patria.
Recar. Desecha, Hermenegildo....
Leand. Desde el solio
dó de espíritus mil sobre las alas
reina el Eterno, de perenne dicha
vierta abundosa copia en vuestras almas.
Os dejo: vuestros ojos, vuestros labios
arden, lo veo, en fraternales ansias
de partir los afectos que del pecho
brotando están;....y aunque quizas no estraña
mi presencia,....aquí á solas....
Recar. Respetable
Leandro....
Hermen. Padre!....
Leand. Fluirá mas grata
vuestra conversacion.

(Colócase entre los dos, y estiende sobre ellos las

manos con dignidad: ambos hermanos inclinan respetuosamente la cabeza.)

El Rey de reyes
su bendicion os lega sacrosanta
por mi paterna diestra. ¡Hijos queridos!
acercaos, y abrazadme.
(Se abrazan los tres.)
Ante las aras
del supremo Señor corro á postrarme
de entrambos por la dicha, que tan cara
es á mi corazon.

RECAR. Oigaos el cielo!

LEAND. Derrame él su consuelo en vuestras almas.

ESCENA VI.

HERMENEGILDO, RECAREDO.

HERMEN. ¿Como aquí, Recaredo?

RECAR. Tuve en Mérida
del infausto suceso nueva aciaga,
y á tu lado volé.

HERMEN. ¿Al rey hablaste?

RECAR. ¿Al rey? ¿Por qué no al padre?

HERMEN. El labio me ata
mi propia confusion, y no me atrevo
á pronunciar de padre el nombre.

RECAR. Lanza
del ánimo el temor.—Ví á nuestro padre,
le hablé, y espero....

HERMEN. ¿Esperas?

RECAR. Que calmadas
las recias olas que en su pecho ahora
el irritado encono aún levanta,
otra vez estrechándote en sus brazos,
cual antes predilecto te llamaba,
tan lisonjero nombre te dé hoy mismo.

HERMEN. Hermosa, Recaredo, es la esperanza
que tu pecho alimenta; mas....

RECAR. Prosigue.

HERMEN. Imposible.

RECAR. Imposible?
HERMEN. Tus palabras
no son las solas que al oido llegan
del enojado padre y del monarca.
Compadézcole, hermano, y le perdono,
y al espirar só el filo de la espada
bendeciré su nombre.—Mas en tanto
juntos gocemos de la dicha escasa
que el cielo nos otorga. Por fin puedo
lanzar de mi cerviz la dura carga
de triste soledad y desamparo
que mis potreras horas abrumaba:
puedo en tu seno desahogar mi angustia,
puedo por tí tranquila la mirada
fijar de la cuchilla al feral lampo,
y al segar ominosa mi garganta,
de suave dicha plácida sonrisa
por tí en mi labio quedará grabada.
RECAR. Solo!
HERMEN. Sí: de mi padre en el recuerdo
solo al juez miro y triunfador monarca.
Me acompaña Leandro: es otro padre;
mas la virtud austera de aquella alma,
el corazon sublime, el celo santo,
aliéntanme la fé, tal vez preparan
mi voluntad al sacrificio: grande
me harán acaso, hermano; mas no halagan
mi corazon: soy hombre, lo confieso,
y aun hervir siento en mi pasion mundana.
RECAR. Ingunda,....Amalarico....
HERMEN. No recuerdes
que padre soy y esposo....Prendas caras
de mi felicidad y gozo un tiempo,
en quienes ¡ay! de mi vejez cifraba
los venturosas dias! ya mis ojos
no mas os han de ver! ni en suaves lágrimas,
lágrimas de ventura, humedecido
el radioso semblante, nuestras almas
se estrecharán en insoluble lazo.
¡Ah! todo, hermano, lo perdí!
RECAR. No: calma,
Hermenegildo, esa afliccion....la dicha
renacer puede: en tu memoria graba

mas plácidos recuerdos, que no siempre
juguete es el mortal de la desgracia,
y tras cruda tormenta el horizonte
un íris tornasola de bonanza.

HERMEN. Tú no eres padre, Recaredo, y nunca
de esposa el nombre hechizador ufana
tu lengua pronunció: por eso ignoras
el fiero torcedor que me desgarra.
Tú no has amado, hermano! tú no sabes
cuan inmensa delicia está encerrada
en la feliz coyunda que dos vidas,
dos voluntades suavemente enlaza.
Tú no has probado el gozo que enagena
la mente, el corazon, cuando á la llama
de puro y casto amor tierno renuevo
de tu existencia y sangre se levanta!
Esposo! padre! sacrosantos nombres
que solo al del Creador cedeis ventajas!
cuan dulce es aclamaros en la dicha!
invocaros cuan triste en la desgracia!

RECAR. Hermano!

HERMEN. Sí, es verdad: te los confío.
Tú por entrambos velarás.... Sagradas
sus vidas te serán como mi vida;
y si en tí un padre y un esposo no hallan,
un protector encuentren, un hermano.

RECAR. Mas dime, ¿donde están? ¿en el alcázar
se albergan?

HERMEN. No: que venenoso ambiente
solo se aspira aquí.... tosca cabaña
y grosero sayal cobija á entrambos.
Desconocida á todos su morada,
donde se ocultan solo Leandro sabe,
y él te conducirá.

RECAR. En vano trata
de comprender mi mente tus recelos.

HERMEN. De las yertas paredes de esta sala
inseguro me cuento, y vacilante
escápase mi voz.

RECAR. Qué! ¿sospecharas
de nuestro padre?

HERMEN. No; pero aquí vive
la causa primordial de mis desgracias.

Gosvinda....
RECAR. ¡Ah! lo comprendo: te aborrece.
HERMEN. Nos aborrece, dí: tú de las armas
entre el estruendo, de la corte léjos,
hermano, ignoras las inicuas tramas
que la ciega ambicion, que fiera anima
á esa muger, en contra nuestra fragua
y de todo lo noble. Nada vale
con ella la virtud, el valor nada.
Triunfa aquí el vicio audaz, y sus ardides
el premio de las manos arrebatan
al mérito, al honor: todo vencido
á su querer sucumbe, hasta el monarca!
Leovigildo mismo, el fuerte, el grande,
es víctima tambien, tambien las aras
del monstruoso poder humilde besa,
y sus caprichos sin saberlo acata.
RECAR. ¿Qué pronuncias, hermano?
HERMEN. Sí: Gosvinda
reina déspota aquí: ley soberana
su voluntad es sola: el que á sus órdenes,
sacrílegas quizás, vil se avasalla,
es grande, es poderoso; el que oponiendo
rectitud inflexible las rechaza,
cercado en torno de traiciones vive,
y acósale dó quier feroz venganza.
¡Harto en mi daño lo probé!—¡Cuan otra
fortuna nuestra dicha secundára,
si, en hora para entrambos deplorable,
de feroz muerte á la fatal guadaña
no cayera Teodosia!—Leovigildo
en la viuda de un rey segunda alianza
busca, y darnos queriendo nueva madre,
danos tan solo criminal madrastra.—
Júzguele el cielo! De mi labio nunca
contra mi padre brotarán amargas
quejas, reconvenciones, que la eterna,
suma justicia del Criador agravian
en la boca de un hijo.
RECAR. Tu infortunio,
tu mente descarriando, las desgracias
te abulta. No es Gosvinda, lo confieso,
una madre; mas temo que no exactas

sean tus quejas: nunca en sus acciones
ese encono advertí.

Hermen. De nuestras almas
la imperturbable union, el firme lazo
astuta conoció, y al separarlas,
la victoria obtener creyó segura.
Ella fué, Recaredo, no el monarca,
quien el mando te dió de esas falanges
que con tu noble ejemplo entusiasmadas,
tu frente de laureles coronaron.
Por ella el rey de la importante plaza
de Mérida encargóte la custodia;
y mientras con mil honras te abrumaba,
contra mí, ya indefenso, dirigía
de su encono feroz las asechanzas.
Sucumbiré; mas plegue al justo cielo
que su sed en mi sangre al fin saciada,
perdone tu cerviz: gustoso entónces
entregaré al cuchillo la garganta.

Recar. La afliccion, el dolor, los sufrimientos
turban tu mente, tu ánimo acobardan.

Hermen. ¡Ojalá fuera así! Oyeme, y juzga,
si estriba mi temor en justa causa.

Recar. Habla.

Hermen. En la corte con Ingunda solo,
de mi querida esposa hallé en las gracias
á tu ausencia solaz;....pero Gosvinda
¡cuan pronto lo advirtió!....Su feroz saña,
en mi seno infeliz abrir queriendo
en una dos heridas, de mi cara
Ingunda la inocencia eligió en blanco,
De injurioso desden frias palabras
primero recibió, áspero insulto
siguióse en breve, y fieras amenazas
que pronto, por mi mal, se realizaron.
Golpeóla impía,....y con furiosa rabia,
de las trenzas asida, sobre el jaspe
del pavimento la arrastró, empañada
dejando en sangre su modesta toca....
Yo mísero, la ví!

Recar. Horror! infamia!

Hermen. Reconoce á Gosvinda!—La justicia
del rey quise invocar; mas la noble alma

de Ingunda lo impidió. Cándida, humilde,
bondadosa, inocente, de venganza
el fiero nombre pronunciar no sabe.
De un Dios de amor rendida ante las aras
sufre y perdona silenciosa, y cuando
su puro labio algun suspiro exhala,
envuelta va con él ferviente súplica
que para el ofensor implora gracia.—
Para mi ángel de amor quieto retiro
en Híspalis busqué, y aquí encantadas
volaron para mí las dulces horas
que nunca volverán.—Aquí las sabias
lecciones de Leandro la alma lumbre
mostráronme del bien: de la ignorancia,
que mi razon cubria, el torpe velo
sacudiendo, creí.

Recar. Precipitada
tu accion tal vez....

Hermen. Con su virtud Ingunda
venció mi corazon, con sus palabras
mi entendimiento esclareció Leandro,
y católico fuí! ¡Creencia santa,
que al ofensor á perdonar enseñas,
si en el mundo hay verdad, solo en tí se halla!—
Al desdichado Suevo, al débil Griego,
víctimas veces mil de nuestras armas
acogí generoso: eran vencidos,
y ley de caridad proteger manda
al desdichado.

Recar. Sí; pero lo veda
política sagaz.

Hermen. Sobrado clara
conocí esta verdad;....mas era tarde.
Víctima ya de arteras asechanzas
que de Gosvinda preparé la astucia,
era príncipe infiel á mi monarca,
hijo al padre rebelde.

Recar. Horrible lazo!

Hermen. Temor aparentando, con mis armas
quisiéronse escudar:....creíles ciego,
y en instante fatal blandí la espada,
y parricida fuí!....

Recar. Hermenegildo!

HERMEN. Parricida!
RECAR. Modérate.
HERMEN. No hay calma
para este corazon!....Y los infames
del irritado juez á la venganza
me abandonan!....Bien hacen: lo merezco.
RECAR. Por piedad!
HERMEN. De la gótica pujanza
enemigos al fin!....Goce Gosvinda!
Fuí parricida y vidas mil no bastan
para expiar mi desliz.
RECAR. Bástale á un padre
rendida sumision.
HERMEN. ¿Qué dices? habla:
será verdad?
RECAR. Humíllate y perdona.
HERMEN. No engendres en mi pecho la esperanza!
Por mi hijo, por mi esposa amo la vida:
sumiso de mi padre ante las plantas
me arrastraré: depuesta la corona,
habitacion ignota y solitaria
ocultará de mi expiacion el llanto.
¿Me perdona mi padre?
RECAR. Esa confianza
me anima, Hermenegildo: corro á verle:
le hablaré en tu favor....Si juzga escasa
tu sumision, le ofreceré la mia
y mi sangre tambien. ¡Oh! su balanza
se inclinará á mi ruego.
HERMEN. Hermano mio!
tuya es mi vida.
RECAR. Hermenegildo!—Raudas
vuelan las horas.—Voy.—O te perdona
ó morimos los dos.—Alienta.

ESCENA VII.

HERMENEGILDO.

Sí! anda,
corazon generoso! y guíe el cielo

hasta próspero fin tu noble planta!
Tu labio inspire, y del sañudo padre
hallen eco en el pecho tus palabras!—
Amalarico! Ingunda! aun grato brilla
el astro bienhechor de la esperanza:
aun en estrecho cariñoso abrazo
respirarán unidas nuestras almas!—
A este recuerdo palpitar de gozo
siento mi corazon.... ¡Cuanto me es grata
la vida! ¡Oh Dios! perdona mi delirio;
mas amo, y hombre soy.—Logre la gracia
de mi padre y mi rey: vea en mi seno
de mi anheloso afan las prendas caras,
y será en tu loor de mi existencia
un himno cada instante de alabanza.

ESCENA VIII.

HERMENEGILDO, GOSVINDA.

(Aparece esta al retirarse Hermenegildo, y le detiene.)

GOSVIN. Príncipe!
HERMEN. ¡Oh Dios! Gosvinda!
GOSVIN. Deteneos,
y escuchadme.
HERMEN. Señora!
GOSVIN. Es una gracia,
que espero me otorgueis.
HERMEN. Vos, vos, señora,
una gracia pedís á quien aguarda,
merced á vuestros odios, un cadalso?
GOSVIN. ¡Ah! si supierais, príncipe!
HERMEN. Ya nada
me resta que saber, sino del cielo
la clemencia implorar.—¿Vuestra venganza
á coronar venís?—Breves las horas
de mi existencia son: dejad que en calma
lejos de vuestra vista se deslicen....
GOSVIN. Piedad!....Por cuanto amais....
HERMEN. Ya vuestra saña

todo bien me robó sobre la tierra.

GOSVIN. Por favor!

HERMEN. *(con ironía.)*
La orgullosa, la inhumana
Gosvinda suplicar!

GOSVIN. Ved mi semblante,
ved mis ojos, señor.

HERMEN. Sí: veo lágrimas
de impotente furor.

GOSVIN. Si conocierais
la indecible tortura que desgarra
mi corazon en este instante, acaso
mayor que el vuestro mi dolor juzgárais.

HERMEN. Dios es justo, señora.

GOSVIN. *(con abatimiento profundo.)*
Dios es justo!
Es verdad!

HERMEN. Hablad, pues, y....

GOSVIN. Las palabras
que van del labio trémulo á escaparse
perdonadme primero.

HERMEN. Si á la calma
de vuestro corazon es de la víctima
necesario el perdon,....perdono.

GOSVIN. Gracias!
mas no me comprendeis....

HERMEN. Decid.

GOSVIN. *(con la mayor turbacion.)*
Os amo.

HERMEN. *(con amargura.)*
Vos, señora, me amais!... y de asechanzas
cercais en torno mi existencia! Aleve,
merced á vuestra astucia, á mi monarca
á mi padre desleal!....Por vuestra mano
de Ingunda, de mi esposa idolatrada,
he visto el puro rostro tinto en sangre,
de ella y de Amalarico eterna valla
me separa por vos,....hasta mi nombre
por vos de labio en labio con infamia
pasará á las edades venideras....
Y decis que me amais!...Ah! si albergárais
ese amor....vos....la esposa de mi padre,....
seríais madre tierna, y....sois madrastra.

GOSVIN. *(con frenesí.)*
No me comprende! Corazon de hierro!....
Escuchadme: la hoguera en que se abrasa
mi desgarrado pecho, sangre solo
ó violenta pasion á estinguir bastan.
Escoged....Ah! callais!....Tierno cariño
y puro y casto amor le prodigabais,
mientras mi corazon con un infierno
de envidia y celos sin piedad luchaba!....
Espíritu indomable! Entre mis manos
vuestro destino está.
HERMEN. Lo sé.
GOSVIN. Os amaga
la cuchilla fatal.
HERMEN. Lo sé, señora.
GOSVIN. Pronunciad, aun es tiempo, una palabra,
y el amor que os perdió, salvaros puede,
y alzaros, si lo ansiais, rey de la España.
HERMEN. No os comprendo.
GOSVIN. *(con desesperacion.)*
¡Infeliz!...¡Ah! ¿no os lo dije?
Os amo....A vuestros pies....
HERMEN. *(volviendo el rostro y rechazándola.)*
Desventurada!
callad! que horror! callad!
GOSVIN. Compadeceos
del tormento feroz que sufre el alma!
HERMEN. Callad!
GOSVIN. Los fieros males que os atraje
perdonadme, señor, y de esperanza....
HERMEN. Ya os lo dije, señora; yo os perdono.
GOSVIN. Y esperaré?....
HERMEN. Jamas.
GOSVIN. Una palabra
de consuelo siquiera....
HERMEN. Nunca.
GOSVIN. Nunca!
(Se levanta con altivez.)
En vano me humillé! ¿Tu loca audacia
desafia mi amor?....Mas te valiera
la furia concitar de tigre hircana.—
Morirás.
HERMEN. Moriré.

Gosvin. Tu hijo, tu esposa
contigo arrastraré....

Hermen. De vuestra rabia
al abrigo están ya.

Gosvin. Por vez postrera
ámame, y aun....

Hermen. Callad! Vuestra insensata
pasion os enloquece....Yo os desprecio:....
y que el cielo os perdone! *(Váse.)*

Gosvin. ¡Oh furor! caigan
mil orbes sobre mí, si su castigo
mi confusion y mi rubor no iguala.





ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

LEOVIGILDO.

En solemne consejo aun congregados
los próceres y nobles deliberan.—
¿Cual será su sentencia?—De ellos pende
la suerte de mi trono y de la Iberia.
Mas ¡ay! tambien de un hijo desdichado
la muerte ó el perdon allí se encierra.
Hermenegildo!....Cielos! se estremece
todo mi ser al pronunciar la lengua
ese nombre! ¡Hijo mio! ¿Lo es acaso?
Quien atrevido alzó de civil guerra
el pendon ominoso, y al monarca
y al padre amenazó con ímpia diestra,
no fué nunca hijo mio: es un rebelde,
un criminal....¿Y si inocente fuera?—
De inicuos consejeros incitado
de rebelion quizas alzó la enseña:

Recaredo lo dijo.... Mas culpable
es siempre.... Sí!.... Como culpable muera.
Muera!.... ¿Y de que baldon la fiel historia
mi nombre cubrirá, si la inocencia
se aclara al fin de Hermenegildo, y pura
su fama, ejemplo de lealtad riela?
De parricida el nombre unido al mio
de siglo en siglo volará en mi mengua.
Jamas! jamas!.... Hermenegildo viva!
Si es criminal, de mi bondad obtenga
generoso perdon, si es inocente....

ESCENA II.

LEOVIGILDO, RECAREDO.

(Que habrá entrado á las últimas palabras de Leovigildo.)

RECAR. Eslo, padre y señor!
LEOVIG. ¿Qué dices? Llega:
habla: ¿será verdad?
RECAR. Siempre mi labio
la pronunció, señor; y la revela
gustoso ahora al padre y al monarca,
y á la corte y á España....
LEOVIG. ¿Es cierto? ¿Albergas
la halagüeña esperanza que inocente....
RECAR. No es esperanza, padre, que es evidencia:
y ojalá que robusta de la aurora
al ocaso mi voz sonar pudiera,
para decir al mundo, "Hermenegildo,
nunca culpable fué."
LEOVIG. ¡Oh! cual me llenan
de placer tus palabras! Ya me tarda
abrazarle! ¿Le hablaste? ¿Y di, sospecha
que puede fiero meditar su muerte?
RECAR. Hermenegildo, padre, os reverencia,
os escusa y perdona. Horrible trama
en el silencio urdida y las tinieblas
con infernal astucia, breve instante
enmarañóle en la escabrosa senda

de la infidelidad. Harto maldice
su noble corazon su inesperiencia:
y el crímen del error no distinguiendo,
cual parricida él mismo se condena.
Vos, padre, le vereis á vuestras plantas,
el desliz detestando que confiesa,
sumiso, tierno, amante, cual un tiempo,
¡harto fugaz para la dicha nuestra!
Vos le vereis:....y generoso olvido. ..

LEOVIG. Sí, Recaredo, sí: de mi clemencia
de padre y de monarca el doble escudo
protegerá su vida....Mas tremenda
de la justicia la implacable espada
reflejará sobre la infiel cabeza
del protervo que, al hijo descarriando,
de tanto mal la abrasadora tea
entre los dos lanzó. Antes que el trueno
muja amenazador, en vil pavesa
la criminal cerviz veloz el rayo
convertido habrá ya. Aunque la tierra
en sus antros recónditos le albergue,
de ellos le arrancará mi fuerte diestra.

RECAR. Tened, padre, tened!....Vuestras palabras
de horror y miedo el corazon me hielan.

LEOVIG. Horror....miedo... por qué? Cuando su brazo
descarga sobre el crímen ley severa,
sonríe el inocente, el justo aplaude;
el protervo culpable solo tiembla.—
Juro al cielo....

RECAR. Dejad que el mismo cielo
vengador solo de mi hermano sea.
Volvedle vuestro amor, vuestro cariño,
y en hondo olvido sepultado muera
de ese fatal error el triste orígen.

LEOVIG. Y el infando delito impune queda?

RECAR. Allí, padre, hay un Dios! El poderío
de su inmutable ley eterno pesa
sobre pueblos y reyes....De él tan solo
su desagravio Hermenegildo espera.

LEOVIG. *(con resolucion.)*
Recaredo.

RECAR. Señor.

LEOVIG. Hermenegildo

al pérfido conoce....de su lengua
su nombre has escuchado....Dilo.

RECAR. Padre!

LEOVIG. Lo sabes. Tus miradas lo revelan,
á tu pesar.

RECAR. Mi hermano....

LEOVIG. Sí.

RECAR. Conoce
su nombre, y le perdona.

LEOVIG. Y tú?....

RECAR. Quisiera
ignorarlo, y...

LEOVIG. Acaba.

RECAR. Le perdono.

LEOVIG. Generosos espíritus! ¡Me llena
de noble admiracion vuestro heroismo!
Mas cual monarca de la ley severa
augusto defensor,....cual padre,....debo,
al publicar al mundo la inocencia
del súbdito y del hijo, hacer patente
del criminal oculto en la cabeza
de mi recta justicia el escarmiento.—
No perdono. ..

RECAR. ¡Ah! tened!

LEOVIG. Habla: que inquieta
busca ya mi memoria del indigno
el ominoso nombre....¿Qué te arredra?
Dilo.

RECAR. No puedo.....

LEOVIG. Pronto.

RECAR. Es imposible.

LEOVIG. Lo exije: soy tu rey.

RECAR. ¡Oh! la existencia
arrancadme más bien.

LEOVIG. ¿Quien es? Tu padre
te invita á hablar....Rehusas?...No despliegas
siquiera el labio?...Un nombre!....un nombre solo!
Recaredo!....Pronúncialo;....aunque sea
el mio! ¡Oh Dios! Si yo culpable he sido,
contra mí mismo se armará mi diestra.
Por tu rey....por tu padre....por tu hermano...

RECAR. Lo exigis?

LEOVIG. Te lo mando.

RECAR. Es....
LEOVIG. Titubéas?
¿Quien es?
RECAR. Perdon, señor!
LEOVIG. ¿Quien es?
RECAR. Gosvinda.
LEOVIG. Mi esposa!
RECAR. Obedecí con harta pena,
y mi labio es veraz.
(Pausa.)
LEOVIG. Dí á Hermenegildo,
que aguardándole estoy, y que no tema
venir á este lugar.
RECAR. ¿Y podrá acaso,
padre mio, esperar?....
LEOVIG. Dile que anhela
con ansia el corazon hacer al mundo
patente mi justicia y su inocencia.

ESCENA III.

LEOVIGILDO.

Gosvinda!....Hermenegildo!....Hijo, esposa,
¡los dos contra mí! ¿Cual, cual en mis venas
el tósigo vertió que me asesina?—
¿Hermenegildo acaso,....dulce prenda
un tiempo de mi amor?....No: es imposible:
soy su padre, y....jamas!....La fé detesta
de quien el ser le dió; pero en su pecho
el cariño filial aun tal vez reina.
Le veré:....le veré!....Pero Gosvinda!
Mi esposa criminal! la compañera
de mi trono y mi lecho!....Mas primero
lo fué de Atanagildo....Que sospecha!
No es la madre de mi hijo....¡Eterna lumbre!
esclarece mi torpe inteligencia!—
Hola!

ESCENA IV.

LEOVIGILDO, TULGA.

TULGA. Señor, los próceres reunidos
os aguardan.
LEOVIG. Fallaron.
TULGA. Solo esperan
que lo ordeneis, señor, y en vuestras manos
colocarán sellada la sentencia.
LEOVIG. Conócesla por suerte?
TULGA. Fuera inútil
pretenderlo tan solo, que secreta,
en medio del pavor y del silencio,
corrió la votacion.
LEOVIG. (Está resuelta
su perdicion: no hay duda,....ni esperanza.
¡Oh! mezquino de mí!....Y ahora nueva,
Mas que nunca vehemente acá en el pecho
de paternal amor hierve la hoguera,
cuando á perderle voy.) Vé, Tulga, corre:
que Hermenegildo sin tardanza venga.—
(Vase Tulga.)
Sí, venga: quiero verle....Ora de indulto,
ora de muerte el fallo horrendo sea,
antes que rompa el ominoso sello,
cual padre le hablaré la vez postrera.

ESCENA V.

LEOVIGILDO, INGUNDA, AMALARICO.

(Vestidos ambos con sencillez y modèstia.)

INGUND. *(dentro.)*
Bárbaros! entraré.
LEOVIG. Que voz!
INGUND. *(entrando.)*
Ven, hijo,

cual tu padre infeliz! Si se nos veda
su vida conservar, tambien unidas
con la suya caerán nuestras cabezas.

LEOVIG. Ingunda! Amalarico!

INGUND. A vuestras plantas..

LEOVIG. Alzad, hijos, alzad!

INGUND. Señor, clemencia! ...
justicia!....Es inocente.

LEOVIG. No prosigas:
que el alma, desdichada, me laceran
tus palabras.—Levántate. (Inocente!
inocente dó quier!....y la sentencia
fatal acaso ya....)

INGUND. Para mi esposo
perdon, señor, si es tiempo....Es sangre vuestra,
padre de Amalarico ...

LEOVIG. (¡Oh Dios!)

INGUND. Ceñudo
el semblante ocultais? Ah!

LEOVIG. Qué! Recelas....?

INGUND. *(dirigiéndose á Amalarico.)*
Huérfano sin ventura! de tu padre
á ese que ser le dió pídele cuenta.
(A Leovigildo con delirio.)
Bárbaro! de tu acero despiadado
el filo agudo en este pecho entierra.
Embótale tambien de ese renuevo
del hijo que mataste en la flor tierna,
y contento estarás.—Hola! llevadme
al cadalso con él, y á la vez sean
digno presente á un padre filicida
de hijo, nieto y esposa las cabezas.

LEOVIG. Calla, por piedad, calla!—Vive.

INGUND. *(con trasporte y arrebato de gozo.)*
Vive!
Quien?

LEOVIG. El.

INGUND. Mi esposo?

LEOVIG. Mi hijo.

INGUND. *(arrojándose á los pies de Leovigildo.)*
Mi demencia..
perdonadme, señor....El es mi esposo,..
es mi único sosten sobre la tierra.

(Levantándose y dirigiéndose al hijo.)
A tu padre y tu rey, Amalarico,
la augusta mano agradecido besa:
él nos vuelve á tu padre, y de ventura
por él un rayo en nuestros ojos riela.
LEOVIG. (Ay! ese tierno gozo me asesina!)
INGUND. Mas ¿donde, donde está?
(Pausa.)
Qué! una respuesta
no articulais, señor,.....y humedecidos
vuestros ojos cubrís!....Nada os detenga:
hablad, padre y señor!....Vive: ¿no es cierto?
me lo dijisteis ya....Si entre cadenas
gime, no lo oculteis: yo sus angustias
con él quiero partir: nada me arredra
cuando á su lado estoy:.....quizas acierte
su quebranto á templar.—Vamos.
(Cogiendo la mano de Amalarico y en ademan de marchar.)
LEOVIG. Espera:
libre tu esposo está, y de órden mia
á esta sala llamado....Mas ya llega:
mírale.
(Leovigildo se retira al fondo de la escena, contempla por un breve instante á los tres, y desaparece en seguida por el fondo.)

ESCENA VI.

HERMENEGILDO, INGUNDA, AMALARICO.

INGUND. *(arrojándose en los brazos de Hermenegildo.)*
Esposo mio!
HERMEN. ¡Oh Dios! Ingunda!
hijo del alma!....
INGUND. Tanta dicha!....
HERMEN. Entrambos
á mi pecho llegad, de mi existencia
colmada de afliccion dulces pedazos!—
Mas ¿como en el alcázar? Esperaba
al monarca encontrar: por él llamado,

aquí vine en su busca.

INGUND. Un solo instante hace que estaba aquí.

HERMEN. Y os vió?

INGUND. Su labio, su labio paternal fué quien la nueva de tu querida libertad nos trajo.

HERMEN. ¿Mi libertad dijiste?

INGUND. Sí.—"Hija mia, "libre tu esposo está," me dijo.

HERMEN. ¿Acaso no te engañó el oido? Libre?

INGUND. Libre.— Y en lágrimas sus ojos inundados, dolor, ternura y compasion brotaban sus acentos á par al pronunciarlo.

HERMEN. Ingunda! Amalarico! tierna esposa, hijo de mi cariño!.... Los arcanos de la alta Provideucia que nos rige acatemos, humildes, y rindamos al Supremo Señor por sus piedades inmensa gratitud.—Tú siempre fausto ángel de dicha y de ventura fuiste para mi corazon. Por tí, cual bálsamo de indecible virtud, bañó mi pecho de dulce amor el placentero halago: por tí la densa venda que cegaba mi engañada razon cayó, y un rayo de la eterna verdad brilló en mi mente: y hoy, que de muerte irrevocable fallo creía aquí escuchar, la grata nueva de vida y libertad me da tu labio. ¡Oh! bendígate el cielo.

INGUND. Hermenegildo! cuanto mi corazon goza escuchando el eco de tu voz! De honda mazmorra paréceme salir, tras luengos años de noche densa de dolor y angustia, y que el sol vuelvo á ver radiante y claro, del cielo el puro azul, la verde alfombra que rica borda los floridos campos. Parece que mas bella á mis sentidos muestra hoy naturaleza los encantos.

de su seno feraz;....porque en tí puede
posarse ya mi vista, esposo amado,
porque tu acento en mis oidos suena,
porque lejos de tí confuso caos
el mundo es para mí, y en tus miradas,
en tu presencia sola está abreviado
mi gozo, mi ventura,... mi universo.
Ya estás libre!

HERMEN. Lo escucho, y aun el ánimo
entre la duda y el temor batalla.
¿Estás libre, dijiste?—Sí.—¡Cuan grato
suena en el alma el eco de ese acento
al abrirse tu boca á pronunciarlo.
¿Sabes que es estar libre?—Es ver de un padre
el rostro, antes ceñudo, ledo y plácido,
es poder pronunciar tan santo nombre
que antes articular temía el labio,
es de afrentosa y bárbara cuchilla
ver suspendido el ominoso amago,
es verte, es estrechar á Amalarico,....
á entrambos á la vez,....entre mis brazos
es vivir, es amar, es ser dichoso,....
es el cielo en la tierra.—Fatal lampo
de la diadema real, solo en mi frente
corona de dolor y de quebranto,
presto te lanzaré!

INGUND. ¿Qué dices?

HERMEN. Quiero
resignar de mi padre entre las manos
esta diadema que me dió, y la vida
ver suave deslizarse, de los lazos
libre ya de la corte, donde miro
el dolo y la ambicion entronizados.
Quiero en tranquilo y solitario albergue,
de vosotros continuo rodeado,
ver resbalar los placenteros dias
á Dios y á mis amores consagrados.

INGUND. Mas ¿por qué de tu padre, si perdona,
esquivar el amor? ¿por qué dejarlo,
cuando su diestra generoso tiende?

HERMEN. Mi padre! sí, es verdad....¡Ay! insensato
y mezquino de mí!—De gozo y dicha
muellamente me aduermo en el halago,

mientras en torno la tormenta ruge,
y alzarse miro el funeral cadalso.

INGUND. Me haces estremecer. ¿Que voz es esa
de cadalso y tormenta, que de espanto
me hiela al escucharla?

HERMEN. Ingunda! Ingunda!
¿que errado intento á este lugar te trajo?
¿por qué viniste, dí?—Antes de verte
de la perfidia cruel, del odio insano
las asechanzas desafiar osaba:
de la cuchilla en el mortal relámpago,
si no tranquilo, sin temor almenos,
fijaba ya los ojos resignados:
el perderos lloraba, mas seguros
los dos, prendas del alma, al contemplaros,
del vendabal las iras desafiaba
que agosta en flor mis juveniles años.
Mas hoy tiemblo por tí, por tu existencia,
por la de este infeliz, que en dia aciago
vió del cielo la luz. Débiles plantas,
que arrullos solo del favonio blando
debierais aspirar! al fiero embate
sucumbiréis tambien.—Desventurados!
Volveos.—¿Por qué vinistc?

INGUND. Sin noticias
largos dias de tí, opreso el ánimo
de congoja y afan, entre la duda,
la horrible duda y el temor luchando,
un nuncio en cada ruido estremecida
creyendo de tu muerte, en llanto amargo
de sol á sol sumida, y en la noche,
si rendida tal vez cerrar los párpados
lograba á breve sueño, de fantasmas
horrendas y espectros sanguinarios
cercada en derredor,....la muerte misma
anteponiendo á tan cruel estado,
á buscarte corrí.

HERMEN. Paloma cándida!
¿del nido protector, para tu daño,
como osaste salir?

INGUND. Nada me arredra;
si mueres, moriré: quiero el cadalso,
quiero el horror de tenebrosa cárcel

contigo compartir. Si en suave lazo
nos unió el sumo Dios al pié del ara
para juntos gozar ó sufrir ambos,
si contigo probé dicha y ventura,
la hiel contigo apuraré del llanto.—
Mas,....tu padre lo ha dicho: te perdona:
libre estás ya; y ese temor es vano.

HERMEN. Silencio!.....A Dios pluguiera que así fuese!
No es el padre ni el rey, lo sabes harto,
nuestro enemigo aquí, es....

INGUND. Quien?

HERMEN. Es ella:
ella, á cuyo querer el soberano
de voluntad ó fuerza se avasalla:
ella, que del infierno concitando
contra los dos las iras, en mi sangre
y en tu dolor, tu luto y tu quebranto
cebarse solo anhela.

INGUND. Pues, que venga:
con firme pecho y corazon osado
su saña desafio.

HERMEN. ¿Amalarico
huérfano quedará sin una mano
que su orfandad proteja?—No, volveos
al escondido albergue.—De Leandro
ora yo mismo os dejaré en la estancia;
y cuando tienda el tenebroso manto
la noche, él os guiará....Mas aquí viene.

ESCENA VII.

DICHOS, LEANDRO.

INGUND. Padre!

LEAND. Hija!

INGUND. Bendecidme.

LEAND. El cielo santo
de sempiterna paz vierta en vuestra alma
copiosa bendicion.—¿Como dejando,
tortolilla inocente, la tranquila
soledad....

HERMEN. *(interrumpiéndole.)*
Padre, de este puesto aciago
retirarla es forzoso.....En vuestra estancia
seguro asilo encontrará, entretanto
que de la amiga noche protegida
volver á su retiro le sea dado.
Sobrado conoceis cuantos peligros,
cuanta traicion aquí cercan á entrambos,
y el corazon de pesadumbre y duelo
siento desfallecer al recordarlos.

LEAND. Es verdad! es verdad!—Ven, hija mia,
ven, ángel de candor....Venid: postrados
del Redentor del hombre ante las aras
rogaremos por él. A los ancianos
y débiles mujeres dado solo
es orar y gemir; y ojalá grato
suba al eterno solio nuestro ruego!

HERMEN. Id....De mi rey aquí fiel al mandato,
me quedo: le hablaré....Con miedo y duda
y confianza á la par su vista aguardo.

INGUND. Hermenegildo!

HERMEN. Volaré á tu encuentro
dentro breves instantes.

INGUND. Separarnos,
cuando apénas reunidos!.....imposible!

HERMEN. Vé tranquila, mi amor: vela á mi lado
de Dios la proteccion y Recaredo
mi hermano.—Adios!

INGUND. Adios!
(Se abrazan.)

GOSVIND. *(en el fondo.)*
(Ella aquí!)

LEAND. Vamos.

ESCENA VIII.

HERMENEGILDO, GOSVINDA, DESPUES LEOVIGILDO.

HERMEN. Protéjela, Señor! y que Gosvinda
ignore que está aquí.

GOSVIND. *(aproximándose.)*
Ocultarla en vano
á sus ojos quisieras: ya lo sabe.
HERMEN. Señora! vos?
GOSVIND. Sí, yo. ¡Calíste, incauto!
Tiembla por ella ahora.
HERMEN. A vuestras plantas
vedme humilde, señora, y prosternado
vuestra gracia implorar.
GOSVIND. Al fin te humillas,
espíritu indomable!
HERMEN. El odio insano,
que vuestro impío corazon rebosa,
solo en mí derramad.—Apiadáos
de su puro candor, de su hermosura,
de su florida edad.
GOSVIND. Aun la amas!
HERMEN. La amo,
como despues de Dios amarse puede:
mas que mi sangre, mas.....
GOSVIND. *(interrumpiéndole con rabia.)*
Calla, insensato!
su muerte es ese amor.—Si así me amaras!—
De una voz, de un acento que tu labio
resuelva pronunciar, está pendiente
aun tu vida.
HERMEN. Jamas.
GOSVIND. La suya acaso;
y la de Amalarico.
HERMEN. Nunca!—Al padre,
al rey acudiré.
GOSVIND. Quizá firmando
en este instante la fatal sentencia
tu rey y padre está: sola en mi mano.....
HERMEN. De mi padre y monarca vida ó muerte
recibiré sumiso y resignado;
de vos, nada.
GOSVIND. (¡Oh furor!)
HERMEN. Corro á su encuentro.
GOSVIND. ¡Ah! no le verás, no! sabré estorbarlo.
HERMEN. Ved que aquí se aproxima.
GOSVIND. En mi presencia
hablarle no osarás.

HERMEN. ¡Ah!
LEOVIG. *(acercándose con dignidad.)*
Retiraos,
señora, vos.—Hermenegildo, aguarda.
GOSVIND. *(retirándose confusa y llena de rabia.)*
Númenes del rencor, guiad mis pasos!

ESCENA IX.

HERMENEGILDO, LEOVIGILDO.

HERMEN. Señor!
LEOVIG. Alza.
HERMEN. Señor!....El polvo debe
solamente besar de vuestra huella
el triste criminal.
LEOVIG. Alza: el monarca
te lo manda, tu padre te lo ruega.
HERMEN. Cielo! será ilusion? ¿De padre el nombre
sonar oí, gran rey, en vuestra lengua?
LEOVIG. Lo oiste, Hermenegildo.—Si orgullosa
mi dignidad el pronunciarlo veda,
su dura ley el corazon sensible
recalcitrando á obedecer se niega.
HERMEN. Fuí súbdito desleal,. ..fuí parricida.
LEOVIG. Aborrece el error quien lo confiesa.
HERMEN. ¿Podré atreverme, pues....me sará dado....?
LEOVIG. *(estendiendo los brazos á Hermenegildo.)*
¡Hijo!
HERMEN. *(arrojándose en los brazos de su padre.)*
Padre!....Perdon! las plantas vuestras
permitidme besar:....que mi delito
solo puede igualar tanta clemencia!
LEOVIG. Encontré el hijo al fin!
HERMEN. ¡Oh! permitidme
que una vez, y otra, y mil gozosa pueda
padre! mi boca repetir.—¡Cuan dulce
de *padre!* acá en el pecho el eco suena!
¡Oh! *padre! padre!* celestial acento
que inunda el corazon en dicha inmensa!—
¡Ah! ¿me perdonareis?

LEOVIG. ¿Cuando de un padre
á perdon franco el corazon se cierra,
implorándole un hijo?
HERMEN. ¡Oh! cuan horrible
fué mi crímen, señor!
LEOVIG. ¿Por qué renuevas
tan aflictiva idea?—Puede un hijo
olvidarse quizas de que lo sea;
pero nunca,.....jamas de su ternura
un padre el alma á despojar acierta.—
Nadie nos vé ni escucha.—Ves? ¿mis ojos
en lágrimas bañados no contemplas?
Lágrimas son que al corazon arranca
el placer de mirarte: las primeras
que tras largas semanas, largos meses
la mustia faz á humedecerme llegan.
HERMEN. Reconozco á mi padre!
LEOVIG. Hermenegildo!
Otra vez á mi pecho el tuyo estrecha,
y en insoluble vínculo enlazados,
juntos gocemos la delicia inmensa
de estos instantes, por desgracia, breves.
HERMEN. Breves, señor! ¿Habrá sobre la tierra
osado algun mortal que el puro gozo
de nuestras almas á turbar se atreva?
LEOVIG. Tras el padre está el rey: tras el afecto
que perdonar al corazon ordena,
álzase del monarca el deber frio,.....
y ese deber, Hermenegildo, y esa
inexorable ley á ser verdugo
del hijo de su amor al padre fuerzan.
¡Ah! maldito poder! maldita gloria!
infausto brillo de fatal diadema!
en mala hora os ansié!—Hijo! á tu padre
perdónale el ser rey!
HERMEN. Con faz serena,
con ánimo tranquilo y esforzado
oiré de mi monarca la sentencia,
si el padre me bendice. Llevar logre
al cadalso, á la tumba, dulce prueba
de paternal amor, y bendiciéndoos
entregaré al verdugo la cabeza.
LEOVIG. Hijo!

HERMEN. Padre y señor, templad el llanto.
En mis horas de afan y amarga pena
yo mismo me juzgué, y me hallé reo.
Cual monarca fallad: en la hora estrema,
al doblar la cerviz al hacha horrible,
Padre! querido padre! de mi lengua
con ternura y amor brotará el eco.

LEOVIG. ¡Cuan tarde, Hermenegildo, tu alma bella
conozco por mi mal!—Ese cariño,
ese afecto filial que ora me muestras
son mi pena mayor.... Tú no lo sabes:
yo mismo á tu perdon cerré la puerta:
no hay esperanza ya. De encono lleno
mi pecho, de furor la mente ciega,
en mi bárbara saña, cual rebelde,
de próceres y duques tu condena
al consejo fié.—Por Recaredo
patentizada luego tu inocencia....

HERMEN. Hermano generoso!

LEOVIG. Quise el juicio
suspender.—Era tarde!.... No nos queda
sinó el fallo esperar, fallo tremendo!....
¡Oh! los conozco bien!.... De mi diadema
les deslumbra la gloria, y con tu sangre
su esplendente fulgor nublar intentan.—
Temblando en este instante entre zozobras
su voto aguardo.

HERMEN. De la ley severa
el rigor merecí.

LEOVIG. Pero ¿quien pudo
tu estravío causar?

HERMEN. Mi error, mi ciega
credulidad.

LEOVIG. ¡Ah! dí que seducida
por consejo fatal tu inesperiencia,
el odio, la ambicion, las vejaciones....
Una palabra dí que te defienda
delante de tu rey.

HERMEN. Mi error tan solo
me aconsejó, señor.

LEOVIG. ¿Tu inobediencia
pude yo provocar?

HERMEN. Tened el labio!

LEOVIG. *(como receloso y titubeando.)*
Gosvinda....,
HERMEN. ¡Vuestra esposa!
LEOVIG. De tu tierna
madre el lugar ocupa, y no lo es tuya.
HERMEN. Harto lo sé para mi mal!
LEOVIG. ¿Y es ella
la que pudo quizas....?
HERMEN. Basta: respeto
de mi padre y mi rey la compañera
en Gosvinda.—Mas pronto de mi vida
segará el hilo la segur siniestra,
y antes del fatal plazo una plegaria
al padre dirigir dado me sea.
LEOVIG. Habla.
HERMEN. Mi hijo, mi esposa, ángeles puros
de modesto candor y de inocencia,
huérfanos quedarán. Sed para entrambos
el cariñoso padre que ora os veda
ser conmigo la ley: ellos el fruto
recojan de ese amor que me enagena
mi propio error: impenetrable escudo
hallen del rey en la potente diestra,
del padre en el amor, si su desdicha
el odio insano, la traicion proterva
osaren acrecer,....y alegre muero.
LEOVIG. Serán ambos mis hijos: su existencia
bajo mi amparo correrá segura.
¡Y ay! de quien la turbáre!—El cielo sea
de mi voto testigo!
HERMEN. Gracias, padre!
gracias, immenso Dios!
LEOVIG. Ven, hijo, estrecha
á mi pecho otra vez tu noble pecho....
por desgracia quizas la vez postrera.
HERMEN. Padre!
LEOVIG. Hijo mio! Hermenegildo!
HERMEN. Padre!
Soy feliz ya: la muerte no me aterra.

ESCENA X.

LEOVIGILDO, DESPUES GOSVINDA, TULGA.

LEOVIG. Como padre cumplí; de soberano
el terrible deber llenar me resta.
(Mirando al trono.)
¡Objeto de ambicion, solio funesto!
GOSVIND. *(entrando.)*
Firmado el fallo ya, tan solo esperan
tus órdenes los próceres.
LEOVIG. Tan pronto!
GOSVIND. ¿Vacilas? retrocedes?
LEOVIG. No: que vengan.
Hola! Tulga.
TULGA. Señor.
LEOVIG. A Recaredo
dí que le aguardo.
TULGA. Vedle: aquí se acerca.
LEOVIG. Y á Hermenegildo, que su rey le llama.

ESCENA XI.

LEOVIGILDO, GOSVINDA, RECAREDO.

RECAR. *(entrando.)*
(Gosvinda aquí! no importa!) ¿Será cierta,
padre, la voz que en el palacio cunde?
LEOVIG. ¿De que voz hablas? dí.
RECAR. Que cruel sentencia,
fulminada por vos, de vil cadalso
sobre mi hermano Hermenegildo pesa.
LEOVIG. No, Recaredo, no: breves instantes
hace que se alejó de mi presencia,
sereno el corazon, tranquila el alma,
y á poco volverá.—La ley suprema
va á abrirse por los próceres dictada,....
y tú, hijo mio....
RECAR. Impía ley!

GOSVIND. *(con ademan hipócrita.)*

Cualquiera
que el fallo sea del Consejo, todos
respetarlo debemos.

RECAR. *(con desesperacion y fijando los ojos en Gosvinda.)*

No me queda
duda ninguna ya!—Esa sonrisa
de carnívoro tigre y torpe hiena,
tu fatal suerte, hermano, me predice,
tu oprobioso patíbulo me muestra.
Triunfad!..... Mas la justicia del Eterno,
si tardía, tal vez, siempre al fin llega,
y, escarmiento de pueblos y de reyes,
hunde en el polvo la cerviz proterva.—
Padre y señor!.....oid!.....O si de sangre,
de sangre de los vuestros os aqueja
tan insaciable sed, verted la mia
con la suya.

LEOVIG. Infeliz! calla! y no hieras
de un triste padre el lacerado pecho
con tormento mayor.....(Pero ya llegan.....
Esfuerzo, corazon!)

ESCENA XII.

DICHOS, HERMENEGILDO, INGUNDA, LEANDRO, TULGA, GUARDIAS.

(Leovigildo se acerca al trono, pero se detiene pensativo al pié de él por algunos momentos, hasta que por fin sube y se sienta abismado en sus propios pensamientos, debiendo manifestar una violenta lucha interior. Gosvinda permanece en pié á la derecha del trono con semblante altanero, Recaredo á la izquierda con ademan de abatimiento.—Hermenegildo, Ingunda y Leandro se colocan al entrar en el lado opuesto.)

HERMEN. *(entrando.)*

¿Por qué obstinada
á este lugar quieres venir?

INGUND. Dó quiera

que la inclemente suerte te conduzca,
á seguirte constante estoy resuelta.
¿Qué me importa el morir?

HERMEN. Vuelve á tu estancia.—
¡Ay! hartos dias de afliccion te quedan!
Aconsejadla, padre!—Amalarico,
el huérfano infeliz allá te espera:
vuelve, Ingunda, á su lado.

LEAND. Quizá el cielo
en sus altos disignios le reserva
de conyugal amor santo martirio,
de su virtud sublime en recompensa.—

GOSVIN. (Que indecision!)

LEOVIG. *(levantando la cabeza con magestad.)*
(Valor!)—De mi Consejo
el decreto traed.

(Sale Tulga y vuelve á entrar en seguida con un pergamino sellado.—Gosvinda y Recaredo se sientan.—Hermenegildo se adelanta al frente del trono con serenidad y modestia: Ingunda y Leandro permanecen en el lado opuesto. La guardia ocupa el fondo.)

TULGA. *(al pié del trono mostrando el pergamino.)*
El voto encierra
de Próceres y Duques el sellado
pergamino, gran rey.—Sagrada os sea
su decision: las veneradas leyes
del Concilio acatad.—Romped la nema.
(Entrega el pergamino al rey.)

LEOVIG. *(en pié, con voz solemne, y llevando la derecha á la diadema.)*
El fallo del Consejo cumplir juro
por el regio esplendor de mi diadema.
(¡Ah! me siento morir!)

GOSVIND. (Triunfé!)

INGUND. (La muerte!
la muerte! ¡oh Dios piadoso!)

LEAND. (En tu clemencia
acójele, Señor!)

RECAR. (Infortunado!)

LEOVIG. *(con voz cortada despues de quebrar el sello.)*
Tomad, Tulga, leed.

TULGA. (Acierto apenas.)

(*Lee.*)
"De Hermenegildo unánimes los Próceres
"la parricida rebelion condenan;
"mas del trono la gloria consultando,
"y del padre y monarca las proezas,
"del triunfador invicto y héroe augusto
"á la recta justicia el reo entregan,
"y del príncipe iluso el estravío
"del generoso padre á la clemencia."
(*Devuelve el pergamino al rey.—Silencio general.*)

LEOVIG. (Cielos! ¿Escuché bien?—¿Conque en mis manos
su castigo ó perdon la suerte deja?—
Es rebelde, es verdad, mas tambien hijo!.....
y antes padre que rey.)

RECAR. (Rija su lengua
el paternal amor.)

LEAND. (El padre triunfe!)

LEOVIG. (*con magestad.*)
Del príncipe estraviado la flaqueza
el monarca perdona, el padre olvida.

INGUND. (*cayendo de rodillas.*)
Gracias, inmenso Dios!

LEAND. (*levantando las manos al cielo.*)
¡Oh Providencia!
bendigo tu bondad!

INGUND. Salvo mi esposo!

GOSVIND. (¿Con qué en vano luché?—No: fuera mengua
la presa abandonar!)

HERMEN. (*adelantándose pausadamente, y doblando una rodilla al pié del trono.*)
A vuestras plantas,
¡oh padre! de rubor la faz cubierta,
en mi confusion propia anonadado,
mas de leal gratitud el alma llena,
prosternado me veis.—Grande mi crímen,
inmensurable fué; solo á la escelsa
bondad vuestra inferior, que lo perdona.—
Cual débil expiacion, esta diadema,
que mis indignas sienes aun circuye,
recibid otra vez.—
(*Se quita la diadema.*)
De amor en prenda
en dia mas feliz me la ciñeron

vuestras manos, señor: por mi demencia
manchada era mi frente y abatida,
no puedo esplenderosa sostenerla.—
Tomadla.—
(*Le entrega la diadema.*)
En otras sienes, las de un héroe
que del triunfo el laurel nobles ostentan,
(*Señalando á Recaredo.*)
con nuevo lampo brillará, y si cabe,
su gloria eclipsará la gloria vuestra.—
Yo en oscuro destierro, solitario,
iré á ocultar mi error y mi vergüenza;
ó si tan alto don me es concedido,
volaré al son de bélica trompeta
á sanguinaria lid.—Vuestro denuedo
mi dechado será.—Las altaneras
águilas imperiales, de mi espada
al golpe recejando, de la Iberia
libres los campos dejarán; y un dia,
dulce esperanza que mi pecho alienta,
"digno, direis acaso, Hermenegildo
"digno fué de perdon!.....por él exenta
"de estrangero dominio alza la patria
"con noble magestad la frente enhiesta!....
"Hijo y súbdito leal!.....yo te bendigo!"

LEOVIG. (*con afectuoso entusiasmo.*)
Te bendigo, hijo mio!

HERMEN. Mas si adversa
se mostráre á mi anhelo la impia suerte,
si en el ardor de funeral pelea
lidiando sucumbiere, con mi sangre
satisfaré de gratitud la deuda.

LEOVIG. (*poniéndose de pié en el trono.*)
Despejad.—

(*Retírase Tulga con la guardia. Leovigildo baja del trono y abraza á Hermenegildo: lo mismo hacen Ingunda y Recaredo. Leandro queda detras de ellos alzando las manos al cielo, de modo que el conjunto forme un cuadro pintoresco.—Gosuinda se retira á un lado mirándolos con reconcentrado furor.*)

LEOVIG. Hijo!

RECAR. Hermano!

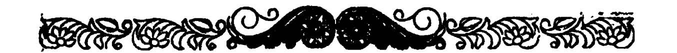
INGUND. Esposo mio!
LEAND. Y tú, supremo Dios! desde esa esfera
donde en eterno solio reclinado
sobre los siglos inmutable reinas,
en tus hechuras que propicias miras,
cuanta ventura y paz le es en la tierra
otorgada al mortal, piadoso vierte.
HERMEN. Inesperado bien!
INGUND. Delicia inmensa!
LEOVIG. Cuan grato es perdonar!
RECAR. Venid; y al pueblo
nuestra felicidad notoria sea.

ESCENA XIII.

GOSVINDA, LUEGO TULGA.

GOSVIN. (*adelantándose y siguiéndolos con la vista.*)
Todos felices son!.... ¡Oh! los maldigo!
Caiga sobre ellos el furor que quema,
que desgarra mi pecho!—
(*Queda reflecsiva un breve instante.*)
Aun no triunfaron!—
Tulga.—Venceré: sí!
TULGA. (*entrando.*)
Señora....
GOSVIND. Vuela:
dí á Uldida que impaciente aquí le espero:
que á mi retrete sin tardanza venga.
(*Vase Tulga.*)
Mia aun es la victoria!—El cielo mismo
detener mi venganza no pudiera.





ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

HERMENEGILDO, INGUNDA, LEANDRO.

Hermenegildo aparecerá modestamente vestido, sin insignias reales.

HERMEN. Vano fantasma de la mente inquieta,
del antiguo dolor amargo resto
es tu sueño no mas: versátil sombra
de la medrosa noche, que del cielo
el resplandor primero desvanece.—
Deséchalo: serena el pensamiento,
y en mas plácida idea reposando,
del pasado feliz une al recuerdo
del porvenir que grato se presenta,
y dicha y paz nos brinda placentero,
la halagüeña esperanza.—Fugaz nube
que en las tarde de estío empaña el cielo
nuestra desdicha fué.—De la diadema

no abruma ya mi frente el arduo peso,
ya soy libre y feliz. Ora del padre
la bendicion, y del monarca espero
el permiso no mas, y de estos sitios
tranquila el alma y con placer me alejo.
Sí, Ingunda, sí, mi bien: ya nos aguarda
en retiro feliz blando sosiego,
y con él la ventura, el regocijo.
Sentado cabe tí, de ambos en medio
de mutuo y casto amor la dulce prenda,
¿qué dicha habrá mayor que el gozo nuestro?
Unidos por amor, amor tan solo
será de nuestra vida el suave aliento,
de amor y gratitud tambien unidas
subirán nuestras preces al Eterno.—
Tranquilízate pues.

INGUND. A Dios pluguiera!
En vano busco el agitado pecho
con razones calmar: que eres no ignoro
feliz, que libre estás; mas ¡ay! no puedo
templar mi agitacion, ni de mi mente
borrar la fija imágen de ese sueño.

HERMEN. Procúralo.

INGUND. No puedo! Mas no creas
que de dolor punzante y cruel tormento
orígen sea, no: si melancólico,
si aflictivo, á la par suave consuelo
vierte en el corazon.—Si nos augura
imprevista desgracia, será al menos
cual de amoroso padre es el castigo,
que si hiere tal vez, al propio tiempo
bálsamo suave en las heridas vierte.

LEAND. Vana ilusion, quiméricos engrendros
del ànimo y la mente preocupados
esos fantasmas son; pero del cielo
la voluntad suprema á los mortales,
si le place al Creador, se muestra en ellos.
Del Ser, por tanto, que los orbes rige
reverente acatando los decretos,
ese sueño nos cuenta, acaso sea
de sus altos designios mensagero.—

INGUND. Era suave la noche, placentera
el aura mil perfumes derramaba,

del Bétis la corriente lisonjera
con plácido murmullo me halagaba:
era ¡ay! tras largas noches la primera
que el techo de mi esposo me albergaba:
la noche, el aura, el murmurar del rio,
todo encantaba ¡ay Dios! el pecho mio.

HERMEN. Sigue.

INGUND. En éxtasis suave sumergidos,
cual suele el quieto mar en la bonanza,
gozaban dulcemente mis sentidos,
y de dicha y amor firme esperanza
llamaba al corazon con mil latidos.
De feliz porvenir en lontananza
la imperceptible sombra se veía,
y lanzarme á su encuentro pretendía.
Mas ¡ay! que de repente asirme siento
de vigorosa diestra y fuerte mano:
quiero implorarte; fáltame el aliento:
desasirme pretendo; ....lucho en vano:
desfallecen mis fuerzas, y un acento
vibrar oigo en los aires sobrehumano,
que "mira en derredor, dice, y repara
"que suerte á tí y tu esposo se prepara."
Giro en torno la vista: de mi lado
ausente estabas ya: triste quejido,
cual lanzar suele el pecho lacerado,
en mi alma resonó mas que en mi oido.
De tu voz era el eco!....Ensangrentado
en la arena yacías, del herido
cuello, que desgarró bárbara hiena,
brotando roja sangre en larga vena.

HERMEN. Qué pronuncias?

INGUND. Tu cárdeno semblante
de palidez mortal cubrir se vía;
del corazon apenas palpitante
la dulce vida presurosa huía.
En vano el labio trémulo, espirante,
débil acento articular quería....
quise llamarte,....hablar;....mas inclinaste
suavemente la frente, y....espiraste.

LEAND. Cielos!

HERMEN. ¡Ah! calla, Ingunda! no destroces
mi pecho por piedad! Olvida, olvida,

esos de tu afliccion sueños atroces.
Salvo à tu lado estoy, feliz la vida
disfruto cabe tí.—¿No reconoces
de tu alma triste en el afan sumida,
en estos que delirios llamar puedo,
tu infundado pavor, tu inútil miedo?

INGUND. Oye:—En los aires celestial concierto
á poco resonó, y alcé temblando
los ojos....Eras tú! ..pero no yerto,
no de la muerte en el afan luchando,
no de palor y amarillez cubierto.
De nubes reclinado en solio blando,
sobre troféos de perenne gloria,
una palma agitabas de victoria.
Mas que la clara aurora en el oriente,
mas que el fúlgido sol tu faz brillaba:
de blanco lino túnica esplendente
tu deificado cuerpo engalanabas.
A tu lado Lorenzo, el gran Vicente,
y de mártires mil el coro estaba,
y alígero escuadron en sesgo vuelo
el camino trazábate del cielo.
Estática te ví: salir quería
de la estrecha prision del mortal pecho,
y en pos de tí volar el alma mia.
A sensacion tan sobrehumana estrecho,
de insólito placer veloz latía
en puro gozo el corazon deshecho.
Por fin, "Hermenegildo, amado esposo!"
balbucear pudo el labio jubiloso.
Desde tu solio entónces sonriendo,
triste á la par y tierno me miraste,
y "huye pronto, mi amada," repitiendo,
con la diestra el oriente señalaste.
A tí los brazos anhelosa estiendo;
mas rápido en las nubes te ocultaste,
dejando de tu huella por sendero
de indefinible luz albo reguero.

LEAND. Tus arcanos, Señor, incomprensibles
¿de qué mortal el torpe entendimiento
osará escudriñar? Yo en tu presencia
humilde y prosternado, los venero.—
Hermenegildo, Ingunda, sus designios

la escelsa Providencia en ese sueño
os advierte quizas; mas cuales sean,
rudo mortal, á descifrar no acierto.
Con ánimo tranquilo y pecho puro
á lo que el cielo ordene disponeos:
ora probar vuestra virtud pretenda,
ora de tanto afan os guarde el premio.

INGUND. Su voluntad se cumpla!

HERMEN. Yo entre tanto
de mi padre y mi rey implorar quiero
la venia de partir.—De Amalarico
vuelve tú al lado ahora, y ese miedo
que te agita depon.

INGUND. Ya con mas calma
respira el corazon, y nuevo aliento
me anima ya.

HERMEN. Valor!

ESCENA II.

HERMENEGILDO, LEANDRO.

LEAND. Sí, Hermenegildo,
sí, hijo mio, valor!—Presentimientos
de nuevas luchas, ásperas, sangrientas.
me anuncia el corazon.

HERMEN. Decid.

LEAND. El velo
rasgar del porvenir no es dado al hombre;
mas el ánimo heróico á noble esfuerzo
para sufrir preven.

HERMEN. Del padre la ira
me arredraba.... Perdona, y nada temo
sobre la tierra ya. De Dios tan solo
ante el poder y la justicia tiemblo,
mezquino pecador.

LEAND. De su clemencia
eterna, inmensurable, los decretos
al contrito perdonan, y mis manos
y mi labio, en su nombre, te absolvieron.
Confia en su bondad.—Yo, mientras buscas

á tu padre y tu rey, al lado vuelvo
de Amalarico y de tu esposa.

HERMEN. Dadles
en su amarga afliccion dulce consuelo,
que harto lo han menester.

ESCENA III.

HERMENEGILDO, RECAREDO.

RECAR. Hermano mio!

HERMEN. Turbado y abatido, Recaredo?
¿Qué novedad....?

RECAR. Hermano, tu desdicha,
el encono mas bien, el furor ciego
de esa infernal muger, del infortunio
en la sima fatal te hunden de nuevo.
¡Oh! cuanto te aborrece!

HERMEN. No lo sabes
todavia cual yo!....Mas sus intentos
espero prevenir.—De Leovigildo
el permiso logrando, parto luego.

RECAR. Es tarde, Hermenegildo!

HERMEN. ¿Cómo? es tarde?

RECAR. Gosvinda no durmió. Apenas cierto
conoció tu perdon, á Uldida llama,
ese arriano prelado, audaz, mañero,
cómplice, instigador de sus maldades,
y encerrada con él en su aposento
largas horas pasó.—Allí fraguaron
tu pérdida los viles!....Al saberlo,
del rey corro á la cámara:....allí estaba
Gosvinda ya....Con irritado ceño
me recibe mi padre,....y en su rostro
tu perdicion, tu muerte escritas leo.

HERMEN. ¿Qué culpa cometí? ¿De qué me acusa
ese monstruo abortado del infierno?

RECAR. No lo pude indagar: acaso sea
de religion el fanatismo ó celo
quien su rencor anima. Eres católico:...

HERMEN. *(reflexivo.)*

Lo sé!....y tú lo sabrás....Mas si pretesto
ha de ser de mi muerte mi creencia,
si es mi crímen mi fé, gozoso muero.—
Del martirio el honor! sublime triunfo,
que tal vez anhelé sin merecerlo!

RECAR. Repòrtate! oh hermano! Acaso fueran
disimulo y ficcion sabio consejo.
A la tormenta que violenta ruge
inclina, es discrecion, el dócil cuello.—
Oyeme: yo tambien la fé católica
adoro acá en el alma y reverencio.
Su santa creencia, como tú, en la leche
de una madre bebí: tambien deseo
ante sus aras público homenage
rendir al Salvador; mas hoy no debo,
que imprudencia sería. No lejana
la aurora está quizas, ¡oh! yo lo espero!
de la fraternidad, en que reunidos
de un solo altar en torno los Iberos,
católicos y hermanos seamos todos.—
Imítame entretanto.

HERMEN. No: no puedo:
no me es dado fingir: apostasía
mi disimulo fuera, ni en mi pecho
cabe simulacion: si evitar logro
la tempestad que amenazante veo,
lo haré;....si no....la palma de los mártires
recibiré cual galardon inmenso.

RECAR. Calla....el rey ...

ESCENA IV.

DICHOS, LEOVIGILDO, DESPUES TULGA.

LEOVIG. *(con ademan grave y severo.)*
¿Así premia un hijo mio
del generoso padre el noble afecto?—
Olvido de un rebelde la perfidia,
porque su ser le dí, porque no puedo
del cariño de padre despojarme;
y tras ese perdon alza de nuevo

la enseña criminal, y otra vez brilla
en su cruel diestra el parricida acero!
HERMEN. Padre!
LEOVIG. Te habla el monarca.
RECAR. Padre mio!
sedlo para los dos. Del crudo ceño
la frente despejad, y de mi hermano
la disculpa atended.
LEOVIG. Responda el reo
á la voz de su juez.
HERMEN. Soy inocente.
LEOVIG. Tú inocente, infeliz! tú!
HERMEN. Lo protesto
ante Dios y los hombres....
LEOVIG. Calla, impio!—
¿Tanto te abruma de la vida el peso?
¿Tan poco en tí los cariñosos lazos
que natura formó pueden, que el fiero
grito de rebelion alces demente
para romperlos? ¡Oh!
HERMEN. La vida aprecio,
cual soberano don que el cielo envía,
y á vuestra dicha consagrarla anhelo.
LEOVIG. *(con furor.)*
¿A mi dicha?.....A mi muerte, desdichado!
HERMEN. Jamas, señor! jamas! antes el fuego
de la eterna justicia me destruya!
Soy inocente.
RECAR. Padre! sus acentos
brotan del corazon:.....es inocente:
tambien lo juro yo.
LEOVIG. Pluguiera el cielo!
Que á pesar mio corazon de padre
siento aun latir en mi afligido pecho.
RECAR. Y siempre lo sereis!—Hablad: ¿qué prueba
quereis de sumision?
LEOVIG. *(con afliccion y ternura.)*
¡Ah! Recaredo!....
RECAR. Pedid, padre, pedid: Hermenegildo,
cualquiera que ella sea, está dispuesto.
LEOVIG. ¿Será verdad, desventurado? ¿Acaso
tu ánimo ablandarán el luto y duelo
de cuantos te rodean?

HERMEN. Hablad: mi norte
será de vuestro labio un leve acento.

LEOVIG. Conmigo de Arrio la creencia sigue.

HERMEN. *(con resolucion y firmeza.)*
Soy católico.

LEOVIG. *(con furor.)*
Calla!—¿Esa es, protervo,
tu sumision?

RECAR. *(en ademan conciliador.)*
Señor!

LEOVIG. Síguela,....ó pronto
mi encono....

HERMEN. Soy católico.

LEOVIG. Funesto
baldon eres y oprobio de mi sangre,
subdito infiel, deshonra de mi cetro.

HERMEN. Jamás!

RECAR. Padre, piedad!

LEOVIG. Su fé renuncie,
y aun hijo mio puede ser.

HERMEN. No puedo.

LEOVIG. Rehusa! ves?

HERMEN. Mi sangre, mi existencia
tomadlas, vuestras son: os las devuelvo;
de vos las recibí;....pero el espíritu
superior, inmortal, por quien aliento,
á mas alto señor rinde homenage:
de Dios lo recibí, y á Dios lo debo.—
Como padre y mi rey, vuestra es mi vida;
dejad que al cielo dé, lo que es del cielo.

LEOVIG. ¿Ignoras, infeliz! que tu protervia
á un suplicio te arrastra?

HERMEN. Yo lo acepto.

LEOVIG. Reflexiona....

HERMEN. He resuelto.

LEOVIG. Qué?

HERMEN. Mi muerte.

LEOVIG. *(con esplosion de furor.)*
La tendras, la tendrás!—
(Llamando.)
Tulga.

RECAR. *(con entusiasmo.)*
Si fiero

contra él la hacha aguzais, rey implacable!
de su cuello á la par sigue mi cuello.
Yo tambien soy católico.

HERMEN. No admite
tu noble sacrificio, Recaredo,
la Providencia ahora: los destinos
de ambos se cumplirán: copioso riego
dará á España mi sangre, y que colmados
frutos producirá bajo tu imperio.—
Rey de España serás, y el alto timbre
de monarca católico el primero
llevarás en su suelo, que gloriosos
conservarán tus coronados nietos.

LEOVIG. Sella el labio.

TULGA. *(entrando.)* Señor.

LEOVIG. En esa cámara
bajo tu guarda riguroso encierro
sufra desde hoy Hermenegildo.—
(Tulga permanece sin accion y como dudoso.)
Pronto....
al instante....¿Qué aguardas?

TULGA. Obedezco.

HERMEN. *(retirándose.)*
Padre! padre! os perdono y os bendigo!—
Perdonaros, cual yo, quieran los cielos.

(Hermenegildo y Tulga entran por la puerta del fondo, que se cierra detras de ellos.)

ESCENA V.

LEOVIGILDO, RECAREDO.

LEOVIG. ¡Oh! cuanto sufro! ¡Qué terrible lucha
en mi agitado espíritu arder siento!—
Quisiera padre ser, padre clemente
para un hijo estraviado;....mas no puedo!—
¿Que le hice á Hermegildo? De su infancia
la ecsistencia cuidé con amor tierno;
jóven aün, cuando soñarlo apenas
pudiera su ambicion, con él mi cetro
generoso partí: se alza rebelde,

otórgole el perdon:....y hoy que no anhelo
sino que, el nuevo culto abandonando,
torne á la religion de sus abuelos,
se niega audaz, y á ruegos y amenazas
con altivez contesta y con desprecio.—
Inflexible he de ser á pesar mio!—
Si pudieses por dicha,....Recaredo!....
El te ama....Háblale, vé, ínstale, ruega....
Quizá tu persuacion lógre en su pecho,
lo que del soberano los mandatos
ni del padre las súplicas pudieron.

RECAR. Corro, padre y señor, y si algo vale
la voz de la amistad, del puro afecto
que siempre nos unió, si de un hermano
de otro hermano en el alma encuentran eco
las palabras, sumiso y obediente
hoy mismo le vereis.

ESCENA VI.

LEOVIGILDO, GOSVINDA.

LEOVIG. Quiéralo el cielo!....
Pero no cederá:....su ardor fanático
el corazon le endureció....Si un medio
pudiera hallar....

GOSVIND. *(entrando.)*
Al fin Hermenegildo....

LEOVIG. Allí está.

GOSVIND. Preso?

LEOVIG. Sí.

GOSVIND. Fueron, pues, ciertos
mis avisos.

LEOVIG. Sobrado.

GOSVIND. ¿Y que resuelves?

LEOVIG. Lo ignoro.

GOSVIND. Siempre débil!

LEOVIG. No me atrevo
su muerte á decretar, porque imposible
es arrancar de aquí el amor paterno.—
Si algun medio tal vez....

GOSVIND. Su creencia abjure!
LEOVIG. Rehusa.
GOSVIND. Muera.
LEOVIG. Mas....
GOSVIND. Un medio encuentro
que acaso....
LEOVIG. Cuál?
GOSVIND. De arriano sacerdote
reciba por la mano en ese encierro
la sacra comunion....De Pascua es dia.
Su sumision, si accede, sabe el pueblo,
y venciste....Si acaso se negáre,....
hiere.
LEOVIG. Sí....dispon que....
GOSVIND. Voy al momento
yo misma á preparar la ceremonia.
(Con feroz alegría al retirarse.)
Rehusará....lo sé....y entónces venzo!

ESCENA VII.

LEOVIGILDO, INGUNDA, AMALARICO.

INGUND. Acaba, padre bárbaro! completa
tu obra de iniquidad! Con la del hijo
de nuera y nieto la prision decreta.
Dignas de tu furor son ambas vidas:
¿que te detiene ya? ¿Por dicha olvidas
que igual su crímen es? ¿que una creencia
las enlaza comun? Si el negro encono
contra toda virtud, de la clemencia
de padre te despoja, si al suplicio
á Hermenegildo arrastras,....se propicio
á mi ruego una vez,....se justiciero:
mi garganta no mas corte tu acero.
Yo soy la criminal, yo solamente:
yo mi culto y mi fé con mis halagos
hice á su pecho amar, creer á su mente.
Si hay un culpable, si tu ley severa
le quiere castigar, aquí le tienes:
yo soy, mi esposo nó, yo sola muera.

LEOVIG. Serénate, infeliz!.... Acaso vienes
para su bien: el cielo soberano
quizá su salvacion puso en tu mano.
INGUND. Hablad.
LEOVIG. Anhelas verle?
INGUND. Si lo anhelo?
¿Y lo podeis dudar? ¿Qué otra esperanza
me pudo aquí traer?
LEOVIG. Le verás.
INGUND. Cielo!
gracias te doy!
LEOVIG. Dispon á la templanza
su espíritu. Del padre á la obediencia
y del monarca el corazon incline,
y del padre y del rey la alta clemencia
le acogerá otra vez, y de contento
para ambos brillarán de hoy mas los dias.
INGUND. Gracias! gracias, señor!
LEOVIG Tulga!
(Sale Tulga.)
Al momento
venga el príncipe aquí.
(Entra Tulga por la puerta del fondo, vuelve á salir con Hermenegildo, y se retira en seguida.)

ESCENA VIII.

HERMENEGILDO, INGUNDA, AMALARICO.

HERMEN. Querida esposa!
Ingunda! Amalarico! hijo del alma!
INGUND. Del mártir de la fé dado me sea
la rodilla abrazar. Suerte dichosa
que tu Ingunda te envidia y pide al cielo!
HERMEN. ¿Todo lo sabes ya?
INGUND. Sí: nada ignoro,
y te juzgo feliz.
HERMEN. Tanta ventura
cuando pude esperar?—Al sacro coro
de laureados mártires unido,
de la patria inmortal la alma dulzura

tras breve lucha gozará tu esposo.

INGUND. Afortunado!

HERMEN. Sí! Cuando ominoso,
cual criminal infame, suspendido
ví el hierro matador sobre mi frente,
á su aspecto temblé, temí cual hombre,
y el deshonor, la infamia de mi nombre
turbar pudieron mi agitada mente.
Mas de Dios y mi padre perdonado,
de mis terrenos crímenes absuelto,
hoy que por mi fé santa soy llamado
á gloriosa, inesperada muerte,
bendigo con ardor mi fausta suerte.—
Otro mas noble ser, mas generoso
animarme parece: otro hombre siento
renacer en mí mismo: amor mas puro
arde en mi corazon: soy tan dichoso,
que no trocára mi placer profundo
por el solio mayor que acata el mundo.

INGUND. De tu esposa envidioso el tierno pecho
tanta dicha contempla.

HERMEN. Esposa amada!

INGUND. Y la anhela tambien! Si un mismo lecho
y un amor nos unió, si en fiel lazada
del supremo Hacedor la omnipotencia,
ante su altar unió nuestra existencia,
unidos al martirio volaremos,
unidos del cadalso á la victoria
con santa emulacion ascenderemos,
y unidos nuestras sienes ornaremos
con el lauro inmortal de eterna gloria.

HERMEN. Modera el entusiasmo que rebosa
tu fervoroso pecho, cara esposa.—
Recuerda que eres madre!

INGUND. Sí: soy madre!

HERMEN. Recuerda que, al doblar su amante padre
el cuello á la cuchilla, Amalarico
huérfano quedará sobre la tierra.
Huérfano, solo, desvalido, triste.....

INGUND. Cielos! el hijo de mi amor! Me aterra
el pensarlo tan solo.

HERMEN. Se resiste
tambien mi corazon, á tal idea,

la vida abandonar, sucumbe el ánimo.

INGUND. Es verdad! es verdad!

HERMEN. Si ambos morimos,
¿qué será el infeliz? ¿donde consuelo
sin su madre hallará? Al crudo embate
de implacable rencor, de feroz odio,
vencido el triste en desigual combate
sucumbirá.

INGUND. No, nunca!

HERMEN. En él su saña
nuestros contrarios ceberán; mi nombre
su delito será; para él estraña
será toda piedad: insultos, befas,
sus caricias serán.

INGUND. Calla!

HERMEN. Gosvinda....

INGUND. (*estrechando á Amalarico.*)
Jamás! Hijo del alma! yo tu escudo,
yo tu amparo seré: yo el golpe rudo
que tu inocente pecho amenazáre
recibiré primero. Tú oprimido!
tú objeto de baldon! blanco de escarnio!....
¡Oh! no: jamas! jamas!....Aun tienes madre!

HERMEN. Vive, vive por él! Ante el Eterno
mártir serás tambien de amor materno.
Y si mas ignorado tu quebranto,
no menos ante Dios sublime y santo.—
Veraz tu sueño fué....Huid:....su muro
Bizancio os abrirá, y allí seguro
asilo encontrareis:....allí Mauricio,
la augusta imperial púrpura estendiendo,
vuestra orfandad defenderá propicio.—
Id....acogeos só el lábaro divino
del noble sucesor de Constantino.

INGUND. Sacro entusiasmo cabe tí me inflama:
fuerte á tu lado soy, esposo mio,
y ardiendo el pecho en soberana llama,
los dolores, la muerte desafío.
Tú me prestas valor, tú fortaleza:
léjos de tí mi corazon se rinde
á debil miedo y femenil flaqueza.
¿Cómo sin tí arrastrar, abandonada,
podré esta frágil, mísera existencia.

de riesgos y peligros circundada?
No, Hermenegildo, no.

HERMEN. La providencia
del Dios que nos separa, tu custodia,
tu defensa será.... Pero veloces
vuelan las horas:.... huye.... Antes que espire,
de este alcázar fatal lejos te mire.

INGUND. ¡Oh! no acierto á partir! Aquí feroces
me hallarán tus verdugos.... Vengan luego.

HERMEN. *(cogiendo á Amalarico y colocándole delante de Ingunda en actitud suplicante.)*
Sálvale por piedad!.... Del tierno fruto
de nuestra casta union escucha el ruego!

ESCENA IX.

DICHOS, LEANDRO, TULGA.

HERMEN. Venid, padre, llegad: vuestras razones
la inclinarán quizás....

INGUND. Partir es fuerza!
¿Y mi esposo? gran Dios!

LEAND. Sus aflicciones
con él compartiré, y hasta que su alma,
orlada ya de inmarcescible palma,
vuele feliz á la mansion suprema,
á su lado estaré.... Mas tú, hija mia,
parte al instante, parte.... Grande, estrema
tu amargura será; pero confia:
fuerza te dará Dios que lo dispone.

INGUND. Partiré, partiré.

HERMEN. Gracias!

TULGA. *(acercándose con respeto á Hermenegildo.)*
Me impone,
duro deber, señor....; mas obediente
del monarca á la voz....

HERMEN. Hasta el instante
postrero que en mi pecho vida aliente,
mi padre y rey me mirará sumiso.

INGUND. Bendecidnos, ¡oh padre!.... y si es preciso
separarnos ¡ay Dios! en esta vida,

de vuestra bendicion el sacro bálsamo
suavizará tal vez la despedida.

(Hermenegildo, Ingunda y Amalarico se arrodillan inclinando la cabeza y en actitud profundamente religiosa: Leandro en medio estiende sobre ellos las manos, levantando los ojos al cielo.)

LEAND. Divino Redentor! que de amargura
apuraste la hiel en vil madero!
Padre de amor! de paz y de dulzura
perenne fuente! celestial venero!
sobre sus almas tus consuelos vierte,
y en gozo eterno su dolor convierte!
(Se levantan.)
Dios os protegerá: templad el duelo.

HERMEN. *(abrazando á Ingunda y á Amalarico.)*
Adios, Ingunda! adios!

INGUND. *(abrazando á Hermenegildo.)*
Adios!....¡Ah! padre!

(Al desprenderse de los brazos de Hermenegildo, coge Ingunda la mano de Leandro, y reclina sobre ella la cabeza, como anonadada por el dolor.)

HERMEN. Adios, hijo del alma! y....hasta el cielo!
(Conmocion profunda.)
Vamos, Tulga.

ESCENA X.

INGUNDA, LEANDRO AMALARICO.

INGUND. *(abatida, despues de breve pausa.)*
Partió!....Ya no he de verle
sobre la tierra! ¡ay triste!

LEAND. Ese quebranto
quizás abrevie Dios....Mas entretanto
urge el partir.

INGUND. Partir!

LEAND. Sí: Recaredo
hasta el puerto os guiará.

INGUND. Padre!....no puedo.
¡Ah! dejadme morir! Corte el verdugo
con la suya tambien mi triste vida,

para amar, y en su amor solo nutrida.
Por qué he de vivir ya? Si á Dios le plugo
mi amor arrebatarme en su alto juicio,
su esposa soy: le seguiré al suplicio.

LEAND. *(Señalando á Amalarico.)*
Este es, hija, tu amor!—Dios te lo ordena:
obedece su voz... Parte.

INGUND. *(abrazando á su hijo.)*
Hijo mio!
Ven....viviré por tí!....Si nos condena
á otro martirio el cielo mas penoso,....
su voluntad se cumpla!—Padre, os sigo.

(Acercándose á la puerta del fondo y esforzando con ternura la voz.)

Adios, Hermenegildo!....Adios! esposo!

(Leandro los acompaña hasta la puerta, y queda mirando un breve rato.)

ESCENA XI.

LEANDRO, DESPUES TULGA.

LEAND. Fuéronse ya.—Señor! que al peregrino,
de este mundo en la noche procelosa,
señalas con tu dedo su camino;
Tú que á la mar hinchada y borrascosa
tranquila calma con tu soplo impones,
sé su guía y sosten....

(Oyese dentro una música grave y religiosa que acompaña el siguiente coro.)

Mas esos sones
de triste y melancólica armonía,
que hielan de pavor el alma mía,
¿que serán?

CORO INTERIOR.

Los encumbrados cielos
Tu inmensa gloria anuncian,
Y en la tierra pronuncian
Tus obras, Dios escelso, tu poder.

Tú enciendes las centellas
Del alto firmamento,
Prestas al aura aliento,
Calor al sol, al alba rosicler.

LEAND. (*á Tulga que entra.*)
Esos himnos....
TULGA. Por su mano
Uldida la Eucaristia....
LEAND. El! un arriano!
TULGA. Al príncipe administra.
LEAND. A Hermenegildo!
Horrible tentacion! trama precita!
Su defeccion ¡oh Dios piadoso! evita!
(*Entra por la puerta del fondo: Tulga permanece en la escena.*)

ESCENA XII.

LEOVIGILDO, TULGA.

LEOVIG. (*en delirio y con el mayor desórden.*)
Déjame, airada sombra! Aparta, aparta,
del hijo mio ensangrentado espectro!....
¿Qué me quieres? dó vas?....Soy tu asesino...
Ya lo sé, ya lo sé....¿Quieres mi reino?
Tómalo....tómalo....Pero esa creencia
renuncia.—No?—Jamas?—Muere.
TULGA. (Yo tiemblo.)
Señor....
LEOVIG. (*con sorpresa.*)
¿Quien es? quien habla?....Viste?...oiste?
TULGA. Nada, señor.
LEOVIG. (*serenándose.*)
Fué una ilusion,....un sueño,....
que estravió breve instante mis potencias.
Mas....terrible ilusion! sueño tremendo!—
Y el príncipe?
TULGA. Señor, el sacro viático
por mano de un obispo recibiendo....
LEOVIG. (*interrumpiéndole.*)

Será verdad?....Indágalo;....averigua....
(*Vase Tulga.*)
Accederá por fin á mis deseos?

ESCENA XIII.

LEOVIGILDO, GOSVINDA, DESPUES TULGA.

GOSVIND. (*con ademan altivo y con un pergamino en la mano.*)
Muéstrate una vez rey!—Hermenegildo,
la inobedíencia á sostener resuelto,
la comunion á recibir se niega
del venerable Uldida. De odio ciego
al prelado denuesta: y al insulto
la audacia y la impiedad juntando fiero,
acosa á los ministros, los conculca,
y contra el sacro dogma osa blasfemo
mover la torpe lengua.
LEOVIG. Basta, basta!
GOSVIND. Reconoce por fin el fatal éxito
de tu frágil bondad, de tu clemencia!
LEOVIG. Si supieras el hórrido tormento
que mi espíritu sufre!—Odío y amo,
ahógame el dolor, confio y temo,
vértigos de venganza me arrebatan,
y perdonar y ser clemente anhelo.
Amo á ese desdichado, y su delito
y su impiedad y rebelion condeno.—
No sé que resolver.
GOSVIND. (*con sarcasmo.*)
Vaga fluctuando
entre el noble vigor y torpe miedo,
mientras que el hijo tierno que idolatras
te arranca de las manos el imperio.
LEOVIG. Que escucho!
GOSVIND. Sí: perdona!—Trama impía
de la sombra y misterio en el secreto
se fragua contra tí.
LEOVIG. No! no es posible.
GOSVIND. Del venerable Uldida el puro celo

la descubrirá....

(*Con imperio y energía.*)

Sé una vez rey!—Castiga:
ó pierdes á la vez tu vida y cetro.

LEOVIG La muerte!....á un hijo mio! ¡ah!

GOSVIND. El la tuya
trazando está quizás.—

(*Oyese rumor confuso y lejano, que va aproximándose lentamente.—Gosvinda se acerca á una ventana, invitando á Leovigildo que la siga.*)

Ven. ¿Ese estruendo
no escuchas, dí, que à nuestro oido llega?—
Los gritos son de amotinado pueblo
que tu corona pide.

LEOVIG. (*con cólera.*)

Que se acerquen,
si tan osados son: yo con mi acero
respuesta les daré.

GOSVIND. Sí! tu corona,
y tu sangre tambien.

LEOVIG. Mi sangre! pérfidos!

GOSVIND. ¿Oyes cual rebramando se aproxima
el confuso tumulto?—De sus ecos
de *Hermenegildo* y *rey* tan sólo se oyen
imperceptibles casi los acentos.

LEOVIG. "Hermenegildo!....rey!" ¿Y esos anhelan
mi sangre?—

(*Con risa forzada y sarcástica.*)

La tendrán....Yo se lo ofrezco.

(*Con esplosion de furor.*)

Sangre!....Sí! la tendreis!....y sangre mia!
Mi respuesta aguardad.—Yo mismo quiero
de ese rey que escogisteis la cabeza
de vuestras hordas arrojar en medio.

GOSVIND. (*desarrollando con rapidez el pergamino, y presentándolo á Leovigildo.*)

Firma....Aun dudas?....Tu sello....Muera.

LEOVIG. (*indeciso.*)

Mi hijo!

GOSVIND. Es tu asesino....escucha....es....

LEOVIG. (*con delirio.*)

El infierno

lanzado se ha en mí!

GOSVIND. (*con tono y ademan imperativos.*)
Sella, pues.
LEOVIG. Sea.
(*Sella el pergamino con el anillo.*)
GOSVIND. Tulga!
TULGA. Señora.
(*Entregando á Tulga el pergamino.*)
Cúmplase el decreto
del soberano sin tardanza.
(*Retírase Tulga.*)
LEOVIG. Hoy mismo
con infamia lanzados de mi reino
los católicos sean;....y el que quedé
ó abjure, ó rinda á la segur el cuello.

ESCENA XIV.

LEOVIGILDO, GOSVINDA, RECAREDO.

RECAR. (*entrando con ademan gozoso.*)
Serenad, padre y rey, vuestro semblante,
la frente despejad del duro ceño
que la anubla, y con ánimo tranquilo
á risueña esperanza abrid el pecho.—
¡Cuan suave es perdonar! cuan dulce suena
de gratitud sincera el puro acento!—
Escuchad, escuchad! Hasta aquí sube
la algazara y rumor que forma el pueblo.
¿Sus clamores no ois?
LEOVIG. (*con acento sombrío.*)
Piden mi muerte.
RECAR. No, padre! ¿Qué decis?—El clamoréo
que escuchais, es emblema de alegría,
no de vil rebelion signo funesto.
LEOVIG. ¿Será posible?
RECAR. Apenas á su oido
el perdon de mi hermano llevó el eco,
alegres vivas por dó quier resuenan
á vuestra heróica accion.
LEOVIG. ¡Ah! ¿será cierto?
RECAR. Escuchadlos, señor: "viva el rey" claman,

"viva el gran Leovigildo! viva el héroe!"
"viva el padre magnánimo"—Del príncipe
ansian ver el semblante á par del vuestro.
Venga mi hermano, pues, y unidos ambos
Híspalis os aplauda.

GOSVIN. *(con acento de triunfo.)*
Ya no es tiempo!

RECAR. *(con sorpresa.)*
¿Qué decis?

LEOVIG. *(con dolor y desesperacion.)*
Sentencié.

RECAR. Muger aleve!
colmaste al fin tu criminal deseo!—
Conocedla, señor: de Hermenegildo
puso en la mano el parricida acero,
y en la vuestra tambien: ella la tea
arrojó entre ambos del fatal incendio!

GOSVIND. (¡Oh! tú tambien caerás!)

RECAR. Al desdichado
de infanda liviandad con torpe fuego
solicitar osó, y al rechazarla
de mi hermano infeliz el casto pecho,
venganza y muerte le juró: ha cumplido
para desdicha nuestra el juramento!
¡Oh! vívora infernal! Dios te maldiga!

LEOVIG. *(con desesperacion y dolor.)*
Mi hijo inocente!.....mi hijo fiel modelo
de honor y de lealtad! . . . y yo....yo indigno
de apellidarme padre,....yo le hé muerto!
No tiene un rayo Dios que me aniquile!

RECAR. Aun cumplido quizas el fallo horrendo
no esté, y....

LEOVIG. *(con la mayor ansiedad.)*
¿Que dices?...que?

RECAR. La atroz sentencia
revocad.

LEOVIG. ¡Ah!..sí!..corre:..:el cruel decreto
suspéndase al instante....Vuela!

(Se dirige Recaredo con velocidad á la puerta del fondo; pero al llegar, ábrese esta, y se deja ver un salon enlutado. En el medio, Hermenegildo degollado, con la cabeza reclinada sobre el tajo, y rodeado de una aureola de luz: Leandro en pié á su lado, Sisberto de rodillas y confuso, con la

daga ensangrentada en la mano, y dos centinelas á la puerta.)

RECAR. *(lanzando un grito de dolor.)*
Ah!

GOSVIN. *(con sonrisa de triunfo.)*
Es tarde!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, LEANDRO, SISBERTO.

LEAND. Atleta del Señor! sube á los cielos!

(Adelántase Sisberto con la daga ensangrentada en la mano, y la presenta á Leovigildo doblando una rodilla, este lanza un grito de dolor y rechaza á Sisberto, cubriéndose el rostro con el manto. Adelántase tambien Leandro: y se cierra la puerta del fondo.)

LEOVIG. Muerto!

GOSVIND. (Vencí!)

LEOVIG. *(rechazando con horror á Sisberto.)*
Yo le maté!....Retira,....
aparta de mis ojos ese acero!
(Retírase Sisberto confuso.)

RECAR. Hermano!

LEOVIG. Hijo!...Perdon!

LEAND. El os perdona!

LEOVIG. Perdon!....yo lo negué:....no lo merezco.
(Con acento imperioso.)
Justicia!....sí!....castigo á los culpables,
que del bárbaro crímen causa fueron!—
La tendrás, hijo!....la tendrás!....lo juro
por tu sangre!

LEAND. Regidle, Dios escelso!

LEOVIG. *(dirigiéndose á Gosvinda.)*
Esposa sin honor, impura reina,
infando orígen de mi afrenta y duelo,
débil castigo á tu execrable crímen,
perpetuo para tí sea un encierro,
dó muerta para el mundo, te acompañen
justo, eterno y tenaz remordimiento.

(Retírase Gosvinda con ademan furioso: Leovigildo per-

manece silencioso y abatido un breve instante.)

Malhadado poder! diadema infausta!
tu brillo me cegó: por tí fuí reo,
parricida por tí! La sien me quema
tu esplendor funeral....Padron eterno
de infamia y deshonor,....en sangre tinta,
sangre de un hijo!....sangre leal! ...tu peso
mi culpable cerviz al polvo abate.—

(*Arroja la diadema.*)

Lejos,....lejos de mí!—Tú, Recaredo,
tú reinarás.

RECAR. Señor....

LEOVIG. De Hermenegildo
te muestra la virtud noble modelo.
Católico serás....Tambien la venda
cayó que me cegaba:....tambien creo.—
Vos, venerable Leandro, de mis crímenes
el perdon implorad del Unigénito
del Padre celestial....Breves los dias
serán de mi existencia....y en el seno
de la creencia católica, esperando
con mi hijo revivir, espirar quiero.

(*Leovigildo dobla la rodilla á los pies de Leandro, y Recaredo lo imita.*)

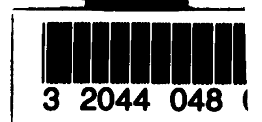
LEAND. Sangre ilustre de un mártir, fructifique
en esas almas tu fecundo riego!—
Y tú, Dios de bondad, que al abatido
á tu solio levantas, y al soberbio
conculcas la cerviz con planta fuerte,
no juzgues en tu cólera sus yerros!

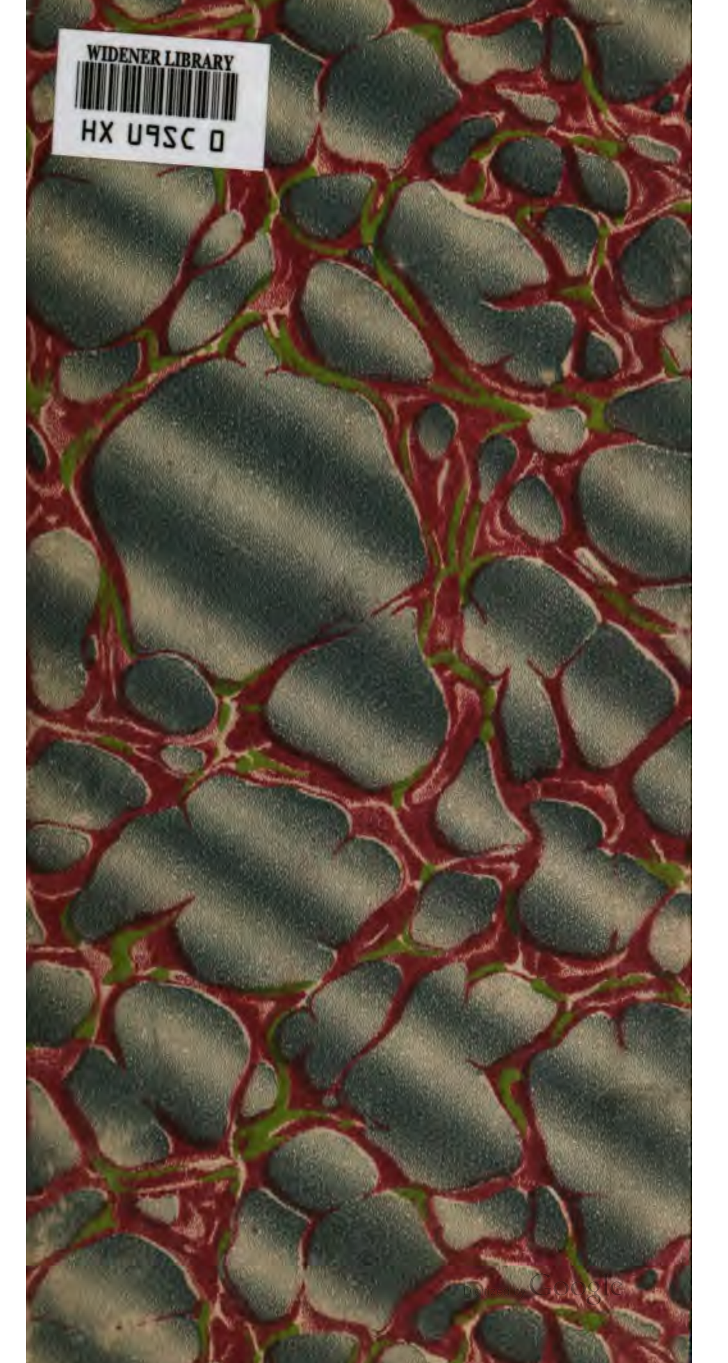
(*Levanta á los dos y los abraza: despues prosigue en tono inspirado.*)

De Hermenegildo la preciosa sangre
brotando opimos frutos estoy viendo.—
Católica por él será la España,
católicos sus hijos....sus aceros
ocho siglos de luchas y victorias
por su fé ilustrarán....Estraños reinos
hoy al mundo escondidos, por su brio
el orbe admirará, y el sol en ellos
brillará de la Cruz radiante y puro.—
Honor, Hermenegildo! en sacros templos
tus virtudes tendrán: nube olorosa

de Dios al trono subirá de incienso
entre himnos mil que al cielo fervoroso
alce en tu loor el cristiano pueblo.
Honra habrás en la lid: tu ilustre enseña
cubrirá el pecho al español guerrero
en victoriosa lid encanecido
la religion y patria defendiendo.
Gloria ¡oh Mártir! y honor para tu nombre!
Gloria y honor para el hispano suelo!




3 2044 048 (



WIDENER LIBRARY
HX U9SC 0